

SERVICIO SECRETO

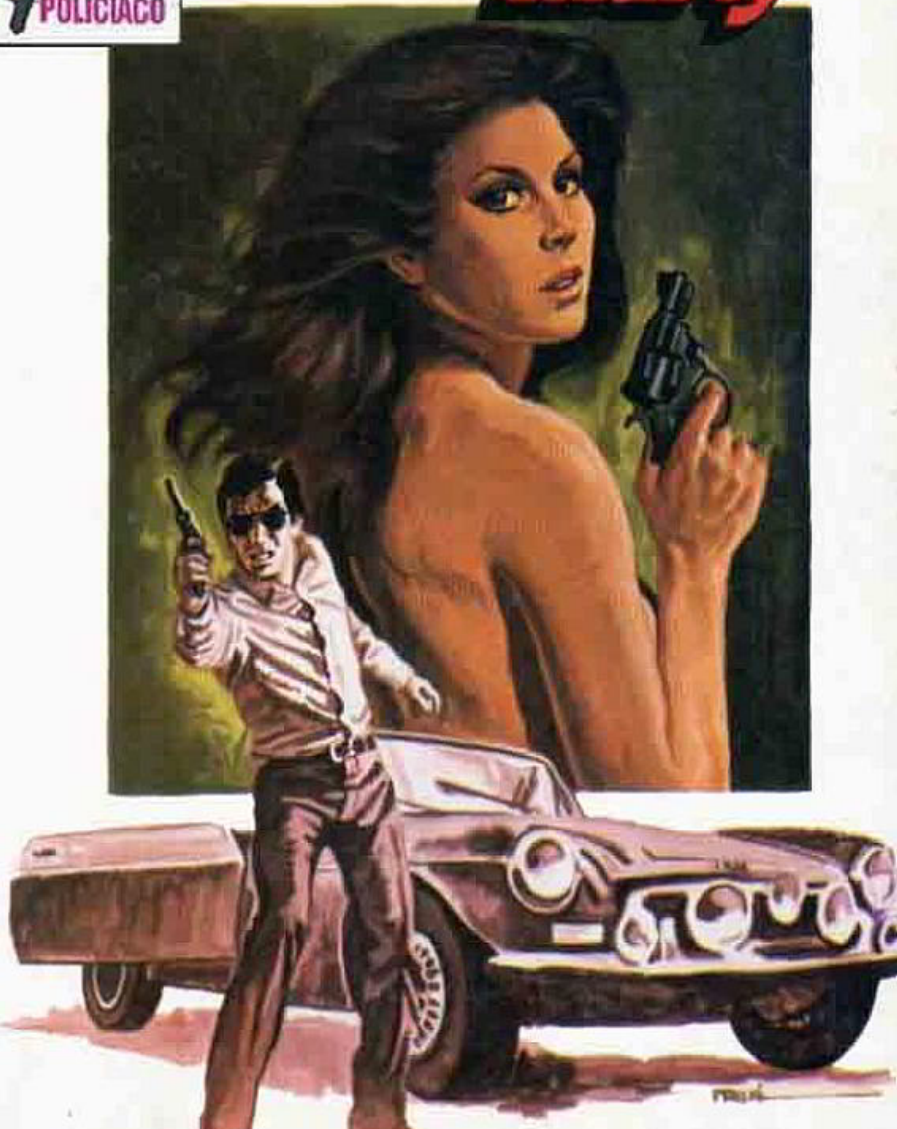
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**¿QUE MUERTE
PREFIERES?**

**Lucky
Marty**



No todos morimos de la forma que deseamos. Normalmente, nuestra vida termina de la manera más inesperada y, por supuesto, siempre a disgusto nuestro.

Pero el caso de Jerry Glen era muy distinto y por eso tenía el «privilegio» de elegir.

Una voz oriental que machacaba el inglés, le estaba preguntando:

—¿Cómo quieres morir?



Lucky Marty

¿Qué muerte prefieres?

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1710

ePub r1.0

Lds 27.02.19

Título original: *¿Qué muerte prefieres?*

Lucky Marty, 1983

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



El que revela el secreto de otros pasa por traidor; el que
revela el secreto propio, pasa, hijo mío, por imbécil.

VOLTAIRE

CAPÍTULO PRIMERO

No todos morimos de la forma que deseamos. Normalmente, nuestra vida termina de la manera más inesperada y, por supuesto, siempre a disgusto nuestro.

Pero el caso de Jerry Glen era muy distinto y por eso tenía el «privilegio» de elegir.

Una voz oriental que machacaba el inglés, le estaba preguntando:

—¿Cómo quieres morir?

Jerry Glen hizo que nada oía y la voz autoritaria insistió:

—¿COMO QUIERES MORIR?

El hombre sentenciado siguió forzosamente sentado en aquella silla, con las muñecas fuertemente ligadas a su espalda y mirando con rabia impotente a los tres individuos que le rodeaban.

Eran tres fantoches orientales.

Sobre todo los dos que se mantenían a derecha e izquierda del joven norteamericano que estaba a su merced, con pinta patibularia, aires de matones del tres al cuarto, pero bien capaces de degollar a su propia abuela por unos dólares.

El de la derecha, alto y fuerte, con una fea cicatriz que «adornaba» su rostro con un costurón que le bajaba desde la ceja izquierda hasta la comisura de los labios, ni por un solo instante dejaba de apuntar a Jerry Glen con un pistolón, demostrando en el brillo asesino de sus pupilas que estaba ansiando oír la orden de su jefe de que podía disparar.

Una leve presión en el gatillo de su arma, y asunto terminado.

El de la izquierda, más bajo y rechoncho, pero no por eso menos escoria humana que su compadre, se limitaba a empuñar un largo cuchillo de resorte, cuya afilada hoja había hecho brillar ante los

ojos del americano con movimiento hábil, sin duda habitual en él.

El hombre que les pagaba, el que le daba a Jerry Glen a elegir la forma de morir, también resultaba bajito y rechoncho dentro de su bata de seda de corte chino, pero tenía frente despejada y mirada inteligente. Los ojos brillantes de Lao

En-Lai

relampaguearon siniestros al dejar de pasear, inclinarse sobre su víctima e insistir:

—Vamos, míster Glen; decídase.

Ante el nuevo silencio de Jerry Glen, quiso mostrarse más explicativo y nuevamente anunció:

—En Oriente tenemos mil formas de arrancar la vida.

Al fin, el hombre atado despegó los labios para admitir:

—Lo sé, Tao

En-Lai.

Y aún añadió con cierta ironía:

—¿Cuál es su «especialidad», amigo?

—¡TODAS!

Y a la explosión de la airada respuesta, la voz más calmada añadió:

—Por eso le doy a elegir, míster Glen. Y le advierto que, tanto Mungo como

Chu-Piao,

son verdaderos «artistas».

El sujeto llamado Mungo se puso a calentar con un soplete la hoja de su cuchillo. Ante lo que aquello podía significar para él, sin poderlo evitar, Jerry Glen se puso a transpirar. De repente, en aquella habitación, se había puesto a hacer un calor insoportable.

Gotitas de sudor resbalaban por su frente, empapándole los párpados que parecían negarse a mantenerse abiertos.

A las pupilas grises del hombre americano no les gustaba lo que veían.

Cuando Jerry Glen vio la muerte en los ojos de aquel asiático y en la punta de aquel acero al rojo vivo, ya dirigiéndose a sus ojos, tembló.

«¡Lo harán! —Temió—. Nada hay que les detenga».

Pero aún encontró ánimos para pedir con aplomo:

—¡Un momento!

El tipo llamado Mungo se detuvo ante un brusco y rápido movimiento de la manita regordeta de Tao

En-Lai,

quien nuevamente se inclinó hacia el hombre sentenciado al inquirir:

—¿Alguna sugerencia, míster Glen?

—¿No dijo que podía elegir?

—Por supuesto, míster Glen.

—Pues entonces...

—Diga, diga, míster Glen.

—Prefiero morir de risa...

—¿Có... cómo dice?

—Ya lo ha oído, Tao

En-Lai.

Que quiero morir de risa.

La mano asesina de Mungo volvió a acercar la punta del cuchillo al rojo vivo hacia el rostro del hombre inmovilizado en la silla. Aquella peregrina idea era como una provocación para él, y sólo se detuvo al oír:

—¡Quieto, Mungo!

Tao

En-Lai

nuevamente se puso a pasear por la estancia, con sus manitas bien cuidadas y regordetas cruzadas a la espalda, hasta que se detuvo al indicar:

—Ya lo oíste; Mungo. Míster Glen quiere morir de risa.

—Pero patrón...

—¡Hay que complacerle!

—Sí, mi amo.

Jerry Glen no dejaba de observar a los tres orientales con ojos febriles. El solo pretendía ganar tiempo. Cada minuto, cada segundo podía contar y resultar decisivo.

Su situación era muy comprometida.

Más que eso: era de vida o muerte.

De cualquier manera, daba por descontado que, por más refinado que aquel Tao

En-Lai

pudiera ser, no iba a ordenar a sus secuaces que intentasen hacerle

morir de risa.

La idea resultaba tan absurda como descabellada.

Precisamente por eso lo había propuesto; para desconcertarles, para seguir ganando tiempo al tiempo.

Jerry Glen no quería morir.

¿Quién lo quiere, por más pijotera que resulte su existencia?

Y la suya tan sólo tenía veintiocho años, aún llena de vitalidad y esperanzas. Rebosante de anhelos y risueñas perspectivas: con millones de mujeres capaces de ofrecerle, en cualquier rincón del ancho mundo, sus besos, sus caricias, sus cuerpos, su dulzura y hasta —¿por qué no?—, sus deliciosas y divertidas intrigas.

Morir es la nada o, en todo caso, una inquietante perspectiva que ya no resulta corporal, donde las palpitaciones de los sentidos ya no existen ni embriagan de placer, dolor o felicidad.

Pero ¿cómo se había metido en aquel tremendo lío?

¿Cómo había llegado a Hong Kong y caído en manos de aquel refinado loco de Tao

En-Lai?

¿De verdad pensaban matarle de risa?

CAPÍTULO II

Confusamente, Jerry Glen empezó a recordar.

Todo había empezado con aquel misterioso vuelo de un caza reactor, un moderno y sofisticado

X-17,

que al parecer había despegado de una de las bases norteamericanas en el Medio Oriente.

¿Fue para un vuelo de rutina, de reconocimiento?

¿Fue por error que penetró en territorio chino? ¿Qué órdenes tenía aquel piloto?

El caso fue que así empezó el conflicto diplomático.

Las autoridades chinas descubrieron al

X-17,

sus militares tenían órdenes concretas de su Gobierno Central, sus baterías antiaéreas empezaron a disparar, el veloz caza americano fue salvando la barrera de los disparos pero, al fin, fue derribado.

El piloto pulsó el botón automático, salió despedido y al poco la rosa blanca de su paracaídas se abrió.

Mientras descendía, pudo ver cómo el moderno avión prácticamente se desintegraba contra el territorio chino.

Por fortuna para él, el piloto siguió descendiendo sobre un tupido bosque.

La afanosa búsqueda que rápidamente se organizó, pese a todos los esfuerzos, había resultado infructuosa.

Ni rastro del piloto.

Pero la noticia la lanzó al mundo Radio Pekín. Y se retransmitió en todos los idiomas: una ocasión así no la podrían desperdiciar:

«Una vez más, los provocadores yanquis han violado nuestro sagrado espacio aéreo. ¡Y ahora tenemos pruebas! ¡Hemos

derribado un último modelo!».

Machaconamente, Radio Pekín insistió en su propaganda, reclamaciones y amenazas:

«¡Nuestro Gobierno y el de nuestros aliados y amigos llevarán este caso a las Naciones Unidas! ¡Exigiremos una reunión urgente del Consejo de Seguridad!».

Así lo hicieron y las Naciones Unidas tuvieron que reunirse en el famoso edificio de Nueva York.

El mundo vivió días muy agitados. La prensa mundial manifestó sus opiniones y, naturalmente, las hubo para todos los gustos y colores. En momentos así cada cual arrima el ascua a su sardina y, por esos extraños mecanismos de la compleja sociedad moderna, hasta la Bolsa sintió sus repercusiones.

Ya no se hablaba de la tan traída y llevada «guerra fría».

Ahora las cosas se habían puesto al rojo vivo.

¡Muy calientes!

Delegado hubo que, aprovechando el foro mundial, se despachó a su gusto y placer:

—¡Es una vergüenza! ¿Hasta cuándo estos abusos? ¡Solicitamos fuertes sanciones para los Estados Unidos!

El representante del Gobierno de Washington a su vez objetó:

—Pruebas, señor Bronsky. ¡Pruebas! Ningún avión norteamericano ha violado el espacio aéreo chino.

El delegado de Pekín refutó a su vez:

—¿Piden pruebas? Todo el mundo podrá ver estas tomas cinematográficas del hecho.

—¡Eso no son pruebas concretas!

—¡De acuerdo! Pero exigimos que una comisión internacional investigue. Sólo Norteamérica posee esa clase de aviones especiales. Y todos ellos podrán ver en mi país los restos de un

X-17

derribado. ¿Qué excusa darán a esto?

El Gobierno de Washington se preocupó.

El mundo entero tenía puestos los ojos en ellos y esperaba la explicación de la Casa Blanca.

Fue por aquellos días cuando Jerry Glen fue llamado por su jefe al Departamento de Seguridad.

Frank W. Buss siempre había sido un hombre directo y por eso, nada más verle entrar en su despacho, fue directo al «grano»:

—Las maletas, Jerry. ¡Vas a China!

—¡Eh! Un momento, jefe.

Jerry Glen no vaciló un solo instante en argumentar:

—Casi nada, señor Buss. ¡Me voy a casar!

—Pues aplazas la boda.

—No me fastidie, jefe; he tardado mucho en decidirme y ahora...

—Esto tiene prioridad.

—¿De qué se trata, señor Buss?

—De ese feo asunto del

X-17.

—Bueno... Podría mandar a otro, ¿no?

—Está bien, Jerry. Aunque no esperaba esto de ti, muchacho.

Poniendo gesto de circunstancias, Jerry Glen volvió a argumentar:

—Compréndalo, jefe. ¡Una palabra es una palabra!

—¿Con quién te vas a casar?

—Bueno..., pues... con... con... ¡Es un secreto aún, jefe!

—¡Es una mentira!

Poniéndose de pie con aire de muy ofendido el joven agente exclamó:

—¡Señor Buss!

—¡Lo dicho! Pura mentira, Jerry; debes tener algún asunto de faldas, pero no precisamente para casarte. ¡Te conozco bien!

—Le aseguro que... que...

—No asegures nada; será lo mejor.

En aquel instante entró la madura secretaria del jefe del Departamento de Seguridad y, bastante burlón, Frank W. Buss se puso a indicar:

—¿No lo sabe, Molly?

—¿El qué, señor Buss?

—Jerry se nos casa.

Mirando al joven con ojos incrédulos, la mujer se quitó sus gafas de miope y se puso a exclamar, entre sorprendida y divertida:

—¡No me diga, señor Buss! ¡No lo puedo creer!

—Que se lo confirme él.

—¿Es cierto, Jerry?

—Bueno, yo... Creo... creo que sí, Molly.

—¿Y quién es la afortunada?

—La desafortunada, querrá decir, señorita Molly —corrigió el jefe.

Jerry Glen le buscó los ojos, manifestando al fin:

—No me cree, ¿verdad, señor Buss?

—¡NO!

—Pues el otro día... hasta... ¡Sí, jefe, sí! Hasta le escribí un pequeño poema.

—¿Ah, sí?

—¡Qué romántico! —exclamó Molly.

—Adelante con él, Jerry. Somos todo oídos.

—Pero jefe, yo... Ahora... así... Aquí y en este despacho...

—Quiero oírte ese poema, bribón. ¡Es una orden!

Jerry Glen tragó saliva, carraspeó varias veces para aclararse la garganta y, como no tenía más remedio, ni corto ni perezoso improvisó:

—Pues ahí va...

Y se puso a recitar lo mejor posible:

He visto escrito tu nombre con lágrimas en la arena.

A la Luna he preguntado por qué lloran las estrellas.

Y la Luna ha contestado...

¡Se ha enamorado la nena!

Nada más terminar indagó:

—¿Qué tal, jefe?

—Pésimo.

—Pues a mí me suena bien, señor Buss —aprobó Molly.

—A ustedes las mujeres, les gusta siempre todo lo que hacen los granujas como Jerry. Cuanto más bribones son, más les encandilan.

—Hombre, jefe...

—¡Ni hombre ni nada! Y puesto que no quiero obligarte a cubrir esa misión en China... ¡Largo ahora mismo de aquí!

—No se enfade, señor Buss. Ahí tiene usted a Fred, a Murray o a Chuch; casi son tan buenos como yo y...

—¿Casi? —le atajó—. Son mejores que tú, presumido. O por lo

menos no son tan mentirosos y sí más obedientes. ¡Fuera!

Jerry Glen salió pitando de aquel despacho, pero ya caminando por el pasillo se frotó las manos sonrientes. En cierta forma su astuto jefe había dado en el clavo: tenía un medio asunto con la bonita Dorothy MacGalland y no iba a dejar de «saborear» una cosa así por un viajecito precipitado a la lejana China.

¿Qué le importaban a él los

X-17

y las violaciones aérea del territorio chino?

En Washington se estaba de rechupete.

El jefe debía haber pulsado uno de los muchos botones de su mesa, puesto que por el pasillo y directo al despacho de Frank W. Buss, avanzaba arreglándose la corbata el pelirrojo Sam Murray, sin duda para causar la mejor impresión.

Al cruzarse los dos amigos el pelirrojo indagó:

—¿Qué tal está hoy «Don Puñetas»?

—¡Fatal! A mí, casi me muerde.

—Pues siempre le has caído bien.

—Es que me pescó en una mentira.

—¿En qué le mentiste, Jerry?

—Le dije que me iba a casar. Yo...

Se interrumpió al oír que Sam Murray se ponía a musitar:

—Con esa maravilla sí que me casaría yo... ¡Y a ciegas, chico!

Extrañado, Jerry Glen le siguió la vista y halló la explicación de su admiración al fondo del pasillo. Por allí se acercaba hacia ellos, la rubia Dorothy MacGalland, con su andar saleroso y pinturero, que imprimía un delicioso y excitante balanceo a sus caderas.

Jerry Glen ya no pudo apartar sus ojos golosos de aquel hermoso y sugestivo cuerpo femenino. La bonita Dorothy MacGalland le tenía sorbido el seso: el de la cabeza y el otro, que se escribe con «X».

Cada vez que veía a aquella mujer, creía sentir como una extra descarga eléctrica que le recorría toda la columna vertebral. Echarle la vista encima y sentir ardientes deseos de verla completamente desnuda y estrujarla en sus brazos, era una misma cosa.

Un deseo superior a sus fuerzas.

Pero Dorothy MacGalland siempre le había rechazado.

«Eres demasiado mujeriego —le decía siempre—. Los hombres

como tú no me interesan, Jerry».

Cuando la muchacha rubia se cruzó con ellos, el piropo afloró en los labios del pelirrojo Sam Murray:

—¡Así se anda, preciosa!

Jerry Glen quiso mostrarse más comedido y se limitó a preguntar:

—¿Vas a ver al jefe, Dorothy?

—Sí, Jerry; me acaba de llamar.

—Oye, oye... No será para enviarte a China, ¿verdad?

—Pues sí. ¿Cómo lo sabes?

Dándose una palmada en la frente, la respuesta de Jerry Glen fue desconcertante al reprocharse:

—¡Soy un idiota!

—¿Alguna vez lo dudaste? —comentó ella, burlona.

—Espera un momento, Dorothy; voy a entrar contigo.

—¿Pero no acabas de salir del despacho del jefe?

—Sí, pero... Tú entrarás después que nosotros, ¿eh, Sam?

—¿Por qué después de vosotros? —indagó el pelirrojo—. ¡También me acaba de llamar a mí!

—Hazme caso y luego te lo explicaré, ¿quieres?

—¡No! No quiero.

Pero Jerry Glen se colgó del brazo de la muchacha rubia y decidió:

—Vamos, Dorothy. ¡Presiento que nos espera una maravillosa aventura!

—¿A ti y a mí, Jerry?

—Ya lo verás, nenita... ¡Vamos, vamos!

CAPÍTULO III

Cuando el flemático Frank W. Buss volvió a ver entrar en su despacho a Jerry Glen, tras saludar con un mudo gesto a la mujer que le acompañaba, burlonamente comentó con su secretaria miope Molly:

—Jerry ya no se nos casa, señorita Molly.

El nombrado puso cara de circunstancias y ponderó:

—Es usted un lince, jefe. Acabo de decidir que debo aplazar mi compromiso.

—¡Ya! En cuanto viste a Dorothy venir hacia aquí, ¿no?

—Más o menos.

—De acuerdo; pues no se hable más.

Y apoyó su invitación con el gesto de la mano:

—Podéis sentaros.

Los dos jóvenes le obedecieron, observando que Don Puñetas se ponía a repasar una carpeta. Era el *dossier* del feo asunto del X-17,

con todas las quejas, documentos y revelo que internacionalmente aquel «incidente diplomático» había causado.

De pronto, sin tan siquiera dignarse a mirarlos, el jefe del Departamento de Seguridad se puso a decir:

—Vais a ir a China, agregados a esa Comisión Internacional Investigadora.

Hizo una pausa y más enérgicamente agregó:

—En realidad, quiero que averigüéis lo que pasó con ese condenado avión.

—Buena papeleta, jefe.

—¿Alguna objeción, Jerry?

—¡Oh, no... No, señor Buss!

—Supongo que ahora, aceptarás todas las condiciones... Aunque tengas que pagar tú todos los gastos del viaje, ¿no, bribón?

La mirada incisiva de Frank W. Buss había quedado clavada en la algo perpleja Dorothy MacGalland y el joven objetó:

—No me hará esa jugada, ¿verdad, jefe?

—Debería hacértela.

—Piense que se trata de ir a las antípodas, por favor.

—¡Por eso te envío! Así dejaré de verte una temporada.

Frank W. Buss volvió a enfrascarse en el estudio de los documentos, hasta que comentó:

—Lo extraño del caso es que, ninguno de nuestros X-17,

falta de sus bases del Medio Oriente.

—Pues los chinos aseguran que derribaron uno.

—Ahí está el misterio, Jerry.

—Esa Comisión Internacional Investigadora lo podrá comprobar.

—Y la idea partió de su delegación en la ONU.

—¿Cree que es mentira, señor Buss? ¿Por qué formar tanto revuelo y la posibilidad de comprobarlo, si no tienen los restos del X-17

derribado?

—Eso es lo que os tocará averiguar, Jerry.

Nueva pausa de Frank W. Buss, comentando:

—Las fotos y la película que tomaron parecen auténticas. Y si una vez analizados los restos de ese avión resulta que es un auténtico

X-17...

—Siga, jefe.

—Entonces tendréis que investigar en las bases aéreas de todo el Medio Oriente.

—¿Supone que el

X-17

pudo despegar de una de ellas?

—Todos los jefes de esas bases lo niegan. Es más: también nos retan a que lo comprobemos por nosotros mismos.

—Bien; denos los datos de todos los

X-17

que tenemos repartidos por esas bases, y Dorothy y yo aclararemos

este misterio.

—La verdad, Jerry, me cuesta trabajo admitir que uno de esos jefes nos ha engañado en sus informes, y ha enviado a un X-17

a espiar por su cuenta.

—Sería mucha responsabilidad.

—Te doy mi palabra que el Gobierno no ha cursado ninguna orden en ese sentido.

—¿Ni tan siquiera una orden... muy secreta, señor Buss?

—Ni tan siquiera eso, Jerry.

—Entonces, debe tratarse de alguna triquiñuela de los chinos.

—Eso espero... ¡Y que lo descubráis!

—¿Cuándo sale esa comisión, señor Buss?

La pregunta de Dorothy MacGalland fue contestada por la secretaria Molly, que acercándose a los dos jóvenes les entregó dos pasajes al concretar:

—Mañana a las doce treinta, Dorothy. ¡Y del aeropuerto de Kennedy!

—¡Dios santo! Eso quiere decir que tendremos que volar hoy mismo hacia Nueva York.

—¿Algún problema, Dorothy?

—Ninguno, señor Buss, pero...

—Siga, por favor.

—Bueno; debo hacer las maletas, ultimar varias cosas, ir a la peluquería...

—¿Para qué, señorita?

—Perdone, señor Buss; se trata de un viaje largo y... y una mujer.

—Suprime lo de la peluquería; está muy bien así. ¿Verdad, Jerry?

—Está estupenda, jefe.

—Ya lo ha oído, Dorothy; mañana a las doce en Nueva York. Molly ya habrá preparado sus credenciales y toda la documentación que puedan necesitar. Mi ayudante Jackson se lo entregará todo en el aeropuerto Kennedy, minutos antes de despegar el avión. Durante el viaje lo podrán estudiar todo.

—No olvide las dietas, jefe.

—No las olvidaré, Jerry. ¡Pero nada de despilfarrar el dinero!

—¿Lo hice alguna vez, jefe?

—¡Siempre!

—Si lo dice por cuando me envió a Corea del Sur, yo...

—Y cuando te envié a Egipto. Y a Israel. ¡Y a Moscú!

—No se preocupe, señor Buss; yo le frenaré.

—Eso espero, Dorothy. ¡Que le frenes... en todo!

—Descuide, señor Buss.

Frank W. Buss se levantó, su mano quedó extendida sobre la mesa y deseó:

—Suerte a los dos.

Los dos jóvenes le imitaron, y tras estrechar la mano amistosa Jerry Glen expresó:

—Gracias, jefe. Es usted un tipo muy comprensivo.

—¡Tonterías! Pero, tanto Molly como yo, esperamos que a tu regreso ya nos puedas decir el nombre de tu prometida, ¿no?

—Yo también lo espero, jefe.

—Pues arreando; ya estáis los dos demás aquí.

—Sólo una cosa más, jefe. ¿Qué hacemos con Sam Murray?

—¿Qué le pasa a ese pelirrojo?

—Usted le llamó, ¿no? Está ahí fuera esperando.

—¡Ah, sí...! Dile... ¡Dile que vuelva a su trabajo!

Y Frank W. Buss dio la entrevista por terminada, requiriendo a su secretaria para dictarle unas cartas.

Dorothy MacGalland y Jerry Glen salieron al pasillo.

Los dos se miraban y sonreían.

El que se quedó muy serio fue Sam Murray, cuando le anunciaron que «Don Puñetas» ya no le necesitaba.

* * *

Durante el vuelo hacia Nueva York, Dorothy MacGalland dejó de mirar al exterior y al volver el rostro hacia su compañero de viaje le anunció:

—Terminaré cambiándome de asiento, Jerry.

—¿Por qué mujer?

—Tu rodilla me está martirizando.

—¿Mi... mi rodilla?

—Y tu codo también.

—¡Ah!, perdona.

—Perdonado, pero...

—Sigue, sigue, mujer.

—Sólo una pregunta, Jerry. ¿Es que no puedes soportar que una mujer te rechace?

—La verdad; me revienta.

—Porque eres un vanidoso.

—No; porque la que me rechaza eres tú.

—Te sobran las mujeres.

—No como tú, Dorothy —insistió él.

—¡Tonterías! ¿Qué me dices de esa morenaza?

—No sé a quién te refieres.

—¡Mentiroso! Me refiero a Nina Parluzzi. Últimamente se te ha visto mucho con ella.

—¡Ah, sí! Es la viuda de un amigo.

—¡Ya! Y tú, la «consuelas».

Jerry Glen se encogió de hombros ambiguamente, salvándole de la réplica la azafata que se inclinó hacia ellos al indagar:

—¿Desean algo?

—Dos *whiskys*.

—Para mí una limonada —puntualizó Dorothy.

—Pues el mío que sea doble.

—Bien, señor.

Nuevamente solos, Jerry Glen propuso al abrir la cartera de mano:

—¿Qué tal si estudiamos todos estos papelotes?

—Será lo mejor.

—¿Te agrada realizar este viaje?

—Te lo diré al final.

—¿Por qué precisamente cuando termine?

—Es que... presiento que todo depende de cómo te portes tú.

—¿Alguna queja sobre mí?

—Como compañero de trabajo, no. Personalmente, ¡sí!

—¡Vaya! No creo que nunca te he...

—Te diré, Jerry —le atajó ella—. Tienes un gran defecto.

—Tú dirás, mujer.

—Eres de los tipos que siempre, siempre, estás ejerciendo de Hombre.

—Creo que lo soy, ¿no?

—Pero a veces, es conveniente olvidarse del sexo. ¿Comprendes?

Jerry Glen tardó en contestar, con la excusa de aceptar el *whisky* doble que le ofrecía la joven y bonita azafata. Y cuando lo hizo manifestó:

—Te doy mi palabra que lo intentaré.

—Eso me gusta; en este viaje voy como tu secretaria y a eso debemos ceñirnos los dos.

—Sí, pero... Cuando una secretaria es joven, bonita, elegante y tan atractiva como tú, entonces...

—No empieces, Jerry. Los halagos me empalagan.

—¡De acuerdo! —Pareció estallar él—. Te trataré como si fueras la vieja Molly.

—Otro halago; Molly es una secretaria muy eficiente.

—Sí, pero vieja, miope y ya fuera de «juego».

La rubia Dorothy MacGalland nada replicó.

Pero interiormente se sentía feliz.

¡Muy feliz con las perspectivas de aquel viaje!

CAPÍTULO IV

La Comisión Internacional Investigadora para aquel asunto del X-17

norteamericano había sido designada por la propia Asamblea de las Naciones Unidas, naturalmente que aceptando los nombramientos de cada Gobierno. Washington había designado a Jerry Glen y a Dorothy MacGalland, a quien acompañaban en calidad de técnico un especialista de la categoría de Markus Dillon.

Markus Dillon era un hombre de unos cincuenta años, amable y sencillo, siempre con la sonrisa en los labios, ingeniero astronáutico de profesión, y que no aparentaba ser el hombre que más sabía de acero, aleaciones y cosas de los aviones, en todo el país. En el mismo aeropuerto Kennedy les fue presentado a los dos jóvenes por el tal Jackson, ayudante de Frank W. Buss en el Departamento de Seguridad, y que al tiempo les entregó unos documentos advirtiéndoles:

—Cuiden bien todo esto. Van sus credenciales en regla y los documentos para que muchas puertas se les abran, Jerry. En cada país que tengan que visitar, nuestros embajadores ya han sido informados.

—Gracias, señor Jackson.

—Otra cosa, Jerry: mucho tacto. No queremos más conflictos ni problemas diplomáticos.

—Descuide.

—Ya sabe cómo están las cosas. De momento, a no pocos países los tenemos en contra.

A la hora prevista, exactamente a las doce treinta, todos los componentes de la Comisión Internacional Investigadora despegaron en un gigantesco y poderoso reactor 727, que debía

cumplir el vuelo previsto: Londres, París, Roma, Ankara, Bagdad, Nueva Delhi, Calcuta y Hong Kong.

Una vez en Hong Kong la delegación china se convertiría en la anfitriona del resto de sus compañeros, a los que el Gobierno de la República Popular de China recibiría, ofreciéndoles todas las facilidades para que pudieran realizar su labor. Esto es: para que pudieran examinar e investigar en el mismo lugar de los hechos.

El largo viaje no resultó muy agradable para Jerry Glen, puesto que su bonita «secretaria» Dorothy MacGalland se empeñó, escala tras escala, en sentarse siempre junto al amable y sonriente Markus Dillon, su otro compañero de viaje con el que al parecer rápidamente simpatizó.

¿De qué diablos podían hablar dos personas tan antagónicas en sexo, edad, profesión y gustos?

Lo cierto fue que, para envidia suya, no pararon en todo el vuelo.

Siempre que les miraba, se sonreían y seguían hablando.

Siendo los asientos dobles, de dos en dos, al otro lado del pasillo a Jerry Glen le tocó la pesada y aburrida compañía del delegado del Gobierno noruego, que se pasaba las horas describiéndole las maravillosas excelencias de su frío pero querido país, nombrándole valles, fiordos, lagos, montañas nevadas y el deporte favorito de sus compatriotas: la nieve, el esquí...

¿Qué más le estaba diciendo?

En varias ocasiones intentó variar de tema, pero resultó inútil. El bueno de Inge Llandquistz van Deffrauff era un acérrimo enamorado de su natal Noruega y no paraba.

Y el nombrecito de aquel hombre se las traía, caray.

En un momento determinado, Jerry Glen fingió descaradamente que se dormía... ¡Y se durmió de verdad!

Cuando al fin aterrizaron en Hong Kong y la delegación china los trasladó a su país, en la misma frontera un oficial de aduanas se puso a mirar y repasar el pasaporte de Jerry Glen, como si fuese un objeto de museo. Decidió acercarse a aquel hombre y quiso concretar:

—¿Algún problema, «camarada»?

El «camarada» le miró de arriba abajo de un modo despectivo hasta que se dignó plantear:

—Sabemos que es usted un agente secreto, míster Glen.

—¿Yooo...?

—Bien; no vamos a discutir eso ahora, señor. Si su país le ha designado para esta Comisión Internacional, nada tenemos que objetar.

—Le aseguro que yo y mi secretaria...

—Podrán ver con los delegados los restos de ese

X-17

que ustedes enviaron a espiar.

—¿No le parece que eso es una acusación muy seria?

—Tenemos sobrados motivos para pensarlo así, míster Glen.

Dorothy le tiró discretamente de la manga y al buscar los ojos azules de la muchacha rubia decidió que lo más prudente sería seguir a los otros delegados.

¿Qué podrían ganar agriando más aquella discusión?

—Recuerda, Jerry. ¡Prudencia! —recomendó ella.

Dos días después ya se encontraban en Kukolong, la región china casi fronteriza con Pakistán, donde el Gobierno de Pekín aseguraba que había sido derribado el

X-17

norteamericano: las autoridades locales les llevaron a un gigantesco hangar situado en plena planicie, ofreciendo a todos los delegados internacionales y a sus respectivos técnicos que les acompañaban:

—Ahí lo tienen: pueden analizar los restos de ese avión «pirata».

Como representante del Gobierno de Washington, a Jerry Glen tampoco le hizo gracia aquel calificativo de «pirata». Pero una vez más prefirió no discutir y le indicó a su vez al experto Markus Dillon:

—¿Qué le parece, Dillon?

—No sé; a simple vista, parecen piezas auténticas. Pero sólo en un laboratorio lo podremos precisar con toda exactitud. Los X-17 tienen una aleación especial de acero.

—El laboratorio también está a su disposición, señores —siguió ofreciendo el oficial chino.

Había una sonrisa de satisfacción en los labios de aquel asiático, sobre todo cuando sus ojillos buscaron las pupilas grises de Jerry Glen. Sintió que todas las miradas se centraban en él, pero tuvo que seguir tascando el freno.

Como tuvo que hacerlo dos horas después.

Fue un total y clamoroso triunfo chino.

Precisamente fue el delegado del Gobierno noruego el que primero resumió, a la vista de los unánimes informes de todos los técnicos:

—Caballeros; ya han visto los análisis. ¡Esas piezas pertenecen a un

X-17

norteamericano!

—No hay ninguna duda —remachó el delegado ruso.

El funcionario chino se acercó irónico, al manifestar:

—Y ahora, míster Glen, esta Comisión Internacional... ¡y sobre todo mi país!, esperan las excusas del suyo.

Jerry Glen pensó que no era aún hora de amilanarse; por eso respondió con firmeza:

—Las tendrán, cuando presente mi informe.

—¿Nos pide más paciencia, míster Glen?

—Me temo que tendrá que ser así.

—No es sólo China, míster Glen, sino todo el mundo el que espera.

—Le repito que mi Gobierno tomará la posición que crea más conveniente, pero sólo a la vista de los informes que le presente nuestra delegación.

De cualquier manera, quedaba otro importante asunto que tratar y el abrumado Jerry Glen no quiso soslayarlo, al apuntar:

—Pero díganme, ¿qué pasó con el piloto? Eso sería una prueba concluyente.

—¿Más que todos esos análisis, míster Glen?

—No ha contestado a mi pregunta.

—Lo haré con sumo placer, míster Glen: su piloto se esfumó en el bosque, cerca de aquí. Y debe andar espiando por China. Ustedes le enviaron para eso y ahora esta Comisión Internacional podrá pedirles sanciones.

—Eso ya se hablará.

—¡Su crédito y honorabilidad están descendiendo mucho en el mundo entero, míster Glen! A ningún país libre le gusta ser espiado en su propia casa y tendrán que responder de esto.

—Por favor, no me suelte discursos.

—Son realidades, míster Glen. ¡Y ante muchos y acreditados testigos!

El resultado fue que la Comisión Internacional Investigadora regresó a Nueva York, con un triunfo para Pekín y una derrota para Washington.

Prudentemente, el Departamento de Defensa se encargó de enviar a sus delegados la orden de quedarse en Roma. El astuto Frank W. Buss necesitaba ganar tiempo y en su telegrama urgente le ordenaba a Jerry Glen:

No vengas, Jerry: los periodistas os esperan para coserte a preguntas y tendrías que hacer declaraciones contradictorias, cuando no comprometidas. Visita las bases de Medio Oriente e investiga hasta el fondo.

Pero los periodistas son una raza de sabuesos con muy buen olfato y, ni aun en Roma, pudieron librarse de su acoso. Nada más aterrizar una auténtica nube de reporteros y fotógrafos se les vino encima, disparando el primero al identificarles:

—¿Qué hará su país ahora, señor Glen?

Casi abriéndose paso a codazos, el preguntado argumentó:

—Aún no se ha dicho la última palabra, señores.

—Pero las pruebas son irrefutables.

—No escriba eso, por favor. El caso sigue en pie.

—¿Cuándo presentará su informe a su Gobierno?

—A su hora. Pero les aseguro que buscaremos a los responsables.

Uno de los periodistas italianos apuntó, incisivo:

—¿Quiere decir que su Gobierno buscará una cabeza de «turco» para después poder excusarse?

—Eso lo ha dicho usted, no yo.

Pero en el taxi que al fin pudo llevarles al hotel, fue el mismo Jerry Glen el que dijo:

—Ese periodista no es tonto. ¡Me ha dado una idea!

—¿A qué te refieres, Jerry?

—Está bien claro, Dorothy: todo este revuelo no se calmará, hasta que podamos mostrar al mundo un «culpable».

—¿Pretendes decir que tendremos que «fabricarle»?

—¿Y por qué no, mujer?

—No sé... No me parece muy ético.

—Pero sí práctico, Dorothy. En alta política, todo vale.

—Mejor será pedirle instrucciones al señor Buss.

Ya me las ha dado. ¡Y con carta blanca!

Saliendo de su mutismo, el técnico Markus Dillon opinó:

—Mi misión ha terminado, Jerry. Yo sólo entiendo de...

—Espere, Markus. ¿No le gustaría venir con nosotros?

—¿Adónde?

—Pues, de momento... ¡A Pakistán!

—¿Por qué precisamente a Pakistán? —quiso saber Dorothy.

—Porque es el país donde nuestras bases están más cerca de la frontera con China.

—La verdad, Jerry, tanto viaje me marea.

—Anímese, Markus. ¡Le podemos necesitar!

—No sé... ¿Y cuándo sería eso?

—Mañana mismo. Encargaré los pasajes en el hotel.

—¿Sabe una cosa, Jerry? Todo esto empieza a complicarse mucho.

—Nosotros lo aclararemos del todo.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Dorothy.

—Si no recuerdo mal el general Dennis Clark es el jefe de nuestra base aérea en Pakistán. ¿No es así?

—No sé; tendremos que consultarlo en la documentación que nos facilitó el señor Buss.

—Bien; le haremos una visita. En su informe al Gobierno, aseguró que todos sus

X-17

y todos sus pilotos seguían allí.

—¿Y lo quieres comprobar?

—Por supuesto.

—Se ofenderá él: ya envió su informe.

—¡Que se ofenda, nenita! El caso es muy serio y, en todo caso, antes de presentar nuestro informe, debemos estar bien seguros de todo.

Horas después ya instalados en el hotel y durante la cena, al oír la orquesta que amenizaba, Jerry Glen invitó a la mujer:

—¿Bailamos, Dorothy?

—No.

—¿Por qué no, mujer?

—Porque eres un hombre muy impulsivo y muy peligroso.

Tuvo que resignarse, pero al volver a sentarse buscó la mirada del amable y siempre sonriente Markus Dillon y se desahogó:

—¿La ha oído, Markus? Las mujeres bonitas siempre resultan así.

—¿Cómo, Jerry? —inquirió ella.

—¡Desdeñosas!

CAPÍTULO V

Aterrizaron en Rawalpindi, pero aún tenían que trasladarse a la base aérea que los norteamericanos tenían instalada en Pakistán, concretamente en la región montañosa de Reshawair, a unas cien millas de la frontera con China.

Naturalmente, ninguna línea aérea podía aterrizar en la base americana.

—Alquilaremos un coche —propuso Jerry Glen—. Total, será cuestión de un paseíto.

—De trescientas millas —puntualizó Dorothy, tras la consulta del mapa.

—¿Y eso qué? ¿No estamos en viaje de «turismo»?

—Debí quedarme en Roma —se arrepintió Markus Dillon.

—¡Animo, hombre! Pakistán es un país muy exótico; podremos sacar excelentes fotografías.

—Ustedes son jóvenes, Jerry; pero a mi edad, prefiero la tranquilidad de mi despacho en Washington.

—¿Tiene usted hijos, Markus?

—Dos: un chico y una chica. Toby ya va para ingeniero y Patricia estudia arte dramático.

—A los dos les encantará que su padre haya realizado un viaje así.

—Es posible, Jerry; pero a mi esposa no.

—La vida es un libro del que, quien no ha visto más que su patria, no ha leído más que una página, amigo Markus.

—La frase le salió muy bien; pero yo le podría recordar otra.

—¿Por ejemplo?

—Una que dice así: «Cuando compréis una maleta recordad que tiene que venir la ocasión en que hayáis de llevarla vosotros

mismos».

—¿Lo dice por la suya, Markus?

—¡Uf! No sabe cómo pesa; llevo todos mis aparatos en ella.

—Démela; la llevaré yo.

—¿Por qué no las dejamos todas en consigna? —propuso Dorothy—. Supongo que tendremos que regresar a Rawalpindi.

—Buena idea, nenita.

—¡No me llames «nenita», por favor!

Dorothy y Markus se cuidaron de la consigna, mientras Jerry alquilaba el coche en una agencia, en el mismo aeropuerto. Cuando volvieron a reunirse la mujer nuevamente reprochó:

—Ya hiciste una de las tuyas, Jerry.

—¿Qué te pasa ahora? ¿No te gusta el coche? Es lo mejor que pude encontrar, mujer: un Mercedes descapotable.

—Precisamente por eso. Me despeinaré y nos llenaremos de polvo.

—Pero veremos mejor el paisaje.

Jerry Glen sólo pudo desahogarse buscándole los ojos al compañero de viaje, al exclamar mientras volvía tras el volante:

—¡Oh, las mujeres! Con ellas nunca sabe uno cómo acertar.

No obstante, una hora después tuvo que reconocer que Dorothy tenía razón, Pakistán no es un país que, precisamente, pueda presumir de buenas carreteras. A las pocas millas de dejar atrás el aeropuerto, había dejado de estar asfaltada y el terreno resultaba tan polvoriento como pedregoso. Una nube de polvo prácticamente les envolvía y la muchacha le recordó:

—Tú y tu «maravilloso» paisaje. ¿Qué me dices ahora?

—Perdona, mujer. ¿Qué puedo hacer ahora?

—Por lo menos parar y subir el capó.

Cuando al fin llegaron a la base norteamericana en Reshawair, la «tormenta» no fue de polvo, pero sí de actitudes altivas y ofendidas del general Dennis Clark. No se mostró muy conforme con aquella inspección y terminó gruñendo:

—Ahí tienen a todos mis pilotos y los

X-17,

señor Glen. Por lo visto en el Pentágono no se fían de mis informes.

—No se ofenda, general Clark.

—¿Ofenderme? Presentaré mi renuncia; no resulta ninguna

ganga estar destinado aquí.

—Debe comprender, general; en China hemos visto derribado uno de esos aviones y... ¡de algún sitio debe faltar!

—Pues de aquí no. ¡Y sí me molesta que le envíen a usted para comprobarlo!

—Sólo cumplimos instrucciones, general Clark.

—¡Y yo con mi deber! Por nada del mundo enviaría yo, por mi cuenta sin recibir órdenes superiores, a uno de mis
X-17

para espiar territorio chino.

—Bien; ya hemos comprobado que no lo hizo, general.

—En ese caso, si ustedes me permiten... ¡Tengo muchas cosas que hacer!

El general Dennis Clark saludó militarmente sin despegar los labios, dio media vuelta y les dejó allí. Viendo cómo se alejaba, Dorothy comentó:

—Era de esperar, pero pudo ser más amable.

—Bien, amigos; sobramos aquí.

—¡Al coche otra vez, a tragar más polvo! —lamentó Markus Dillon.

* * *

Fue al regresar a Rawalpindi cuando las dificultades aumentaron.

De pronto, Dorothy se puso a pedir muy excitada:

—¡Frena, Jerry, Frena!

El conductor del Mercedes pisó a fondo el freno y el vehículo paró a muy pocas pulgadas del grueso tronco de árbol que atravesaba la carretera polvorienta. En el asiento trasero Markus Dillon suspiró hondo al exclamar:

—¡Uf! Un poco más y nos estrellamos.

—Esperad aquí; voy a bajar.

—¿Adónde vas, Jerry?

—Si queremos seguir hay que retirar ese tronco, ¿no?

—Sí, pero...

—No te preocupes; tendré cuidado... También me huelo que esto no ha sido «accidental».

—¿Quieren decir que alguien...?

Markus Dillon se quedó sin contestación. Jerry Glen ya estaba bajando del coche y le bastó una fugaz mirada para comprobar sus sospechas: a lo largo de la pedregosa carretera no se veía ni un solo árbol.

Forzosamente, «alguien» había tenido que arrastrar aquel tronco hasta allí, para cruzarlo sobre el polvoriento camino. A derecha e izquierda ascendía en suave declive, con algunos grupos de peladas rocas y pequeños arbustos.

Pronto comprobó que él solo no podía retirar el pesado tronco y se puso a llamar:

—Echeme una mano, Markus.

Cuando el ingeniero astronáutico bajó del vehículo, fue cuando empezó el infierno.

De algún lugar de aquella pelada y árida soledad, el tableteo de una metralleta les anunció que alguien deseaba su muerte. Las balas pasaron silbando muy cerca de los dos americanos, incrustándose algunas de ellas sobre el tronco, tras el que veloz e instintivamente, se protegieron.

Una segunda ráfaga envió el plomo asesino hacia el Mercedes, donde se acurrucó la alarmada Dorothy MacGalland, hasta hundir su dorada cabeza entre las rodillas. El ruido metálico al perforar las balas la carrocería del vehículo le hizo temer lo peor a Jerry Glen, impulsándole a incorporarse y, a su vez, ponerse a disparar el arma que, como por arte de magia, apareció en su diestra.

Era una Magnum de gran calibre.

Y Jerry Glen demostró que había sabido aprovechar los periódicos entrenamientos, a los que eran sometidos los hombres bajo el mando de Frank W. Buss.

Un alarido infrahumano partió tras uno de los grupos de rocas y, al poco, el cuerpo de un hombre empezó a rodar por la pendiente que conducía a la polvorienta carretera.

Guiándose por los fogonazos de la metralleta, Jerry Glen volvió a disparar hacia allí, a su vez él medio protegido por el tronco del árbol que les había obligado a parar. Aferradas a sus piernas, vagamente sintió las manos de Markus Dillon que se empeñaba en incrustar su cuerpo sobre el terreno.

Las balas volvieron a silbar en torno al joven americano, que no

obstante decidió que siempre sería mejor defenderse atacando, que arrojarle tras el tronco e imitar a su compañero de viaje. Su experiencia le dijo que de quedarse quietos allí, sus atacantes bajarían para rematarles sin piedad.

De eso no tenía ninguna duda: cuando alguien prepara un atentado así, es por alguna causa importante.

Por eso prefirió arriesgarse y continuó disparando.

El valor derrochado obtuvo un premio. Un segundo alarido le anunció que sus balas nuevamente habían encontrado el objetivo tan rabiosamente deseado.

La metralleta dejó de tabletear.

Y un silencio de muerte se fue dilatando en aquellas soledades, ásperas y pedregosas, al parecer sin límites confundiendo con el lejano horizonte de unas montañas que se confundían con el cielo plomizo.

Jerry Glen gateó unos metros y mirando al vehículo se puso a gritar:

—¿Estás bien, Dorothy?

—¡Sí! ¿Y vosotros?

—No te muevas aún de ahí. Voy a ver por qué no contesta Markus.

Volvió junto al tronco y vio que su compañero de viaje continuaba pegado al terreno, caído de bruces y como si intentase incrustar el rostro en el polvo del camino.

Antes de acercarse más, Jerry Glen intuyó la tragedia: sobre el polvo del camino una mancha roja se agrandaba cada vez más y, cuando le dio la vuelta a aquel cuerpo, comprobó que Markus Dillon había recibido varios balazos en el cuello.

—¡Markus! ¡Markus...! ¡Maldita sea!

Se puso en pie, ya sin ninguna clase de precaución, olvidando el posible peligro y mirando hacia el grupo de rocas donde les habían atacado.

Al no partir ningún disparo más desde allí, decidió caminar hacia la pendiente y pronto estuvo ante el cuerpo sin vida del individuo que había rodado por la pendiente: se trataba de un nativo, con las típicas ropas del país, poblada barba entrecanosa y un gran turbante, sucio y viejo, que cubría su cabeza.

Sería absurdo registrarle, porque nada encontraría que le

podiese identificar. Sicarios así se pueden contratar en todas partes, y más en aquel apartado rincón del mundo en donde muchos de sus habitantes aún están por censar.

En el que había disparado la metralleta tampoco encontró nada de importancia: otra pistola de fabricación checa, una daga medio curvada como la que había encontrado en su compañero y algunas monedas. Aquel sujeto lucía una poblada barba y espeso bigote y su turbante típico estaba lo mismo de sucio y gastado.

—Escoria humana, que por unas monedas asesinan —musitó.

Tras el pequeño grupo de rocas vio tres cargadores de metralleta, ya vacíos y un pequeño bulto, con dátiles, trozos de pan duro y queso de cabra, así como una calabaza con agua.

Cuando descendió al camino Dorothy ya había salido del Mercedes y anhelantemente le preguntó:

—¿Quiénes eran, Jerry?

—¡Adivina quién te dio, Dorothy! Nunca lo sabremos.

—¿Y Markus?

—Muerto... Tras el tronco.

—¡Dios mío!

—Debió alcanzarle la segunda ráfaga. No me di cuenta, pero al pobre...

—No... No podemos dejarle ahí, Jerry.

—¿Y qué quieres? ¿Presentarte en Rawalpindi con un cadáver en el coche? Nos harían demasiadas preguntas, y no sólo la policía. No quiero más acosos de periodistas y fotógrafos. ¿Comprendes?

—Entonces...

—Retiraremos ese tronco empujando con el coche y a seguir.

—¿Hacia dónde, Jerry?

—Una cosa está clara: a «alguien» no le gusta nuestro viaje de inspección que debemos hacer por nuestras bases. ¡Pero seguiremos!

En aquella ocasión Dorothy MacGalland se mostró sumisa:

—Lo que tú digas, Jerry... Estoy confusa y te confieso que... algo asustada también.

—Tranquila, mujer. ¡Ya sabes! Son gajes del oficio.

CAPÍTULO VI

El señor cónsul abrió mucho la boca, pero no acertó a decir nada. Sólo cuando Jerry Glen terminó de explicarse rezongó:

—No me gusta esto, señor Glen. ¡Ustedes lo complican todo!

—¿Qué quiere decir, señor *Sherpas*?

—Le hablaré claro: no me gusta verme mezclado en asuntos de espías, agentes secretos y todas esas zarandajas.

—Eso dígaselo a Frank W. Buss.

—¡Le escribiré!

—Hágalo, señor *Sherpas*; pero sólo ustedes y la embajada, pueden enviar el cadáver de Markus Dillon a los suyos.

—¿Y qué explicación doy?

—Es cosa suya, señor. ¿No son diplomáticos?

—Nuestra situación es muy difícil en Pakistán. Con esa condenada guerra de Irán e Irak, la ocupación rusa de Afganistán y los intereses de la India, esto se puede convertir en otro polvorín.

—Animo, señor cónsul. Un hombre como Markus Dillon debe ser debidamente enterrado en su país. ¿No lo cree así?

—Bien, bien... Mandaré por su cuerpo y haré lo que pueda. Pero en cuanto a usted y la señorita MacGalland...

—Por nosotros no se preocupe. Sólo nos tiene que sacar pasaje para Ankara.

—¿Es que ahora van a Turquía?

—Así es, señor *Sherpas*. Simple viaje de inspección a nuestras bases en ese país.

—Bien, bien... Perdone que no les invite a cenar, pero... —Ya sé, señor cónsul. No se esfuerce; tipos como yo no le somos muy gratos.

—Compréndame, Glen. ¡Ustedes se meten en unos líos terribles!

—Diga mejor que nos meten, señor *Sherpas*.

—Bien, bien... Les deseo suerte.

* * *

Una vez en Turquía, Jerry Glen prefirió visitar sólo la base aérea norteamericana, dejando a Dorothy esperándole en el mejor hotel de la capital. Y no sólo para que ella pudiera hacer turismo en la interesante Ankara, sino para evitar a su compañera de viaje cualquier posible riesgo.

Ahora tenían la certeza de que, desde las sombras, sus enemigos les acechaban.

Pero ¿quién podía estar interesado de que no visitaran las bases norteamericanas de Medio Oriente?

La pregunta resultaba acuciante, pero aún no la podían contestar.

China seguía protestando y pidiendo sanciones y responsabilidades al acosado Gobierno de Washington, y hasta era muy posible que a los rusos, a Albania y hasta a los llamados países del Este también le interesase seguir lanzando más leña al incidente del

X-17.

Pero de ser así eso llevaba a otra pregunta: ¿Es que la clave estaba en alguna de aquellas bases norteamericanas?

O bien: ¿Alguno de sus jefes había tenido la osadía de enviar por su cuenta a uno de sus pilotos a espiar territorio chino con un X-17?

Y de ser así, ¿por qué a los enemigos de Washington les interesaba que no se descubriese al culpable?

Tanto Jerry Glen como Dorothy MacGalland no llegaban a comprenderlo. Cuando se separaron ella anunció:

—Pasaré el día en la embajada, hasta tu vuelta, Jerry.

—Buena chica, Dorothy. ¡Así me gusta!

—No creas que lo haré por miedo.

—¿Ah, no?

—No; es que, precisamente, nuestro embajador da un baile de gala.

—¡No me digas! ¿Y en honor de quién?

—Esta tarde llega a Ankara el doctor Nueway, nuestro premio Nobel de Física.

—¡Vaya! Qué casualidad.

—Si regresas pronto ven a buscarme allí.

Y aún prometió, viéndole subir al coche:

—¡Te concederé algún baile!

—Recuerda que lo prometiste —puntualizó él, al arrancar.

* * *

El aquella base aérea su jefe era el coronel Douglas Simpson, un viejo piloto cargado de condecoraciones y medallas, porque a sus espaldas llevaba parte de la Segunda Guerra Mundial, la campaña de Corea y su último destino había estado en Vietnam.

No le gustó nada ver las credenciales que le presentaba aquel joven llamado Jerry Glen, aunque estuviesen cursadas por el mismo jefe del Departamento de Seguridad de Washington. Militar de pies a cabeza, también era de los que consideraba que el ejército, la marina y la aviación eran los tres puntales básicos de Estados Unidos.

La CIA, el FBI y ese mundo misterioso y extraño de los agentes secretos y «enviados especiales» nada contaban para él. En el fondo le molestaba que sus representantes, por más preparados que estuvieran, en muchas ocasiones y en virtud de «órdenes superiores» que venían de las más altas esferas del Gobierno, dispusieran de carta blanca para venir a inspeccionarle a él.

Al general Douglas Simpson, un héroe de guerra, que tanto había luchado por su país.

Jerry Glen venía ya preparado para el seco recibimiento y, tras comprobar todo lo que le podía interesar, se limitó a decir:

—Lo siento, general Simpson. He visto que tiene a todos sus pilotos y aviones.

—¿Pues qué se creían, joven?

—Repito que sólo cumplo órdenes, señor.

—¡Ordenes! ¡Papeles! ¡Credenciales! ¡Aquí las órdenes las doy yo!

Y al instante añadió, el gesto más adusto:

—¿Acaso han pensado en Washington que les engañé en mis

informes?

—No le puedo contestar a eso, señor.

—La contestación es usted mismo, señor Glen. ¿Por qué diablos está aquí, de no ser así?

—El problema es grave, general Simpson. China ha podido demostrar ante una Comisión Internacional Investigadora, que han derribado un

X-17

en su territorio.

—¿Y cómo es posible eso, si no falta ninguno en sus bases?

—Lo ignoro cómo lo han conseguido, señor. Pero yo mismo tuve en mis manos restos de ese avión destrozado. Los análisis de todos los técnicos demostraron que pertenecía a un

X-17

y esa Comisión Internacional pedirá serias sanciones para nuestro país.

—¿Y vamos a permitirlo?

—Sin utilizar la fuerza, ¿cómo impedirlo ante la Asamblea de la ONU...? A no ser que pueda llegar a demostrar lo que se oculta tras todo esto.

—¿Cree que se trata de un hábil truco, señor Glen?

—Es posible, general... En Pakistán intentaron eliminarnos.

—¿De veras, joven? Nada he leído en la prensa.

—Esas cosas no conviene airearlas, señor. Ya tenemos bastantes problemas.

—Comprendo..., comprendo.

—Pero eso demuestra que a alguien no le interesa que investigue. Desean que las cosas sigan así, para seguir desacreditándonos ante la opinión mundial.

—Si corre peligro, puedo proporcionarle una escolta, señor Glen.

—Gracias, general Simpson. Pero recuerde que estamos en un país extranjero y usted sólo tiene jurisdicción en esta base aérea.

—¿Y si consiguen matarle?

—Es un riesgo que debo correr.

Jerry Glen volvió a subir en el nuevo coche alquilado y resumió:

—Una cosa así podría representar protestas diplomáticas y prefiero servirles de cebo. ¡Así podré averiguar algo!

—Como guste, señor Glen. Y perdone mis destemplanzas.

—No se preocupe, general. Comprendo que a nadie le gusta que le vengan a fiscalizar.

—Hasta la vista, general Simpson.

El coche partió veloz, porque Jerry Glen tenía prisa por regresar a Ankara. Aquella noche pensaba bailar con Dorothy y aquélla sería su mejor ocasión para enlazar la cintura de la mujer soñada.

Tenía que admitir que, pese a tan largos viajes, nada había adelantado con ella. O Dorothy MacGalland era una mujer fría, o sabía guardarse muy bien.

¿Y si al final resultaba que él no le gustaba nada? Era muy posible que él fuese el tipo de hombre que no la atraía.

¿Por qué no variaba de táctica?

Muchas veces, lo peor es perseguir tan machaconamente a una mujer, aunque la experiencia le había enseñado que, concedan o rehúsen, a las mujeres siempre les gusta ser solicitadas.

A fin de cuentas, Jerry Glen también había aprendido otra cosa: que un «no», en boca femenina, nunca es una negación completa.

«Esta noche bailaré muy estrechamente con ella», se prometió.

¿Y por qué no?

Después de todo, las mujeres tienen un modo angelical de no darse cuenta de las familiaridades que los hombres se permiten con ellas.

Y Dorothy MacGalland era de las que merecía la pena arriesgarse.

Pisó más a fondo el acelerador y pronto se encontró sorteando la densa circulación de Ankara.

Iría directo a la embajada norteamericana.

Aunque no fuese vestido de etiqueta.

Pero de pronto, al doblar una esquina, vio otro coche que se le venía encima. Intentó frenar, maniobró velozmente con el volante como pudo y al torcer a la derecha vio que la única salvación posible era el callejón por el que siguió.

Había evitado el encontronazo, pero pronto comprobó que aquel estrecho callejón era una trampa.

No tenía salida y por el espejo retrovisor vio que un gran camión aceleraba para embestirle por detrás.

¡Le aplastaría!

Aquello era otro atentado y él, estúpidamente les había

facilitado las cosas a los asesinos.

Ya no saldría con vida de aquel callejón.

CAPÍTULO VII

Pero Jerry Glen era un hombre de inmensos recursos y fértil imaginación. Sus reflejos condicionados, siempre alerta por los duros entrenamientos en un hombre de su «profesión», rápidamente le hicieron evaluar la única posibilidad de salvarse.

De seguir huyendo del camión que le perseguía, terminaría chocando contra el muro que cerraba el callejón y sería embestido por detrás, con la seguridad de morir aplastado: como emparedado contra el muro y el gran vehículo.

Y él no quería quedar convertido en un sandwich humano, en medio de chatarra destrozada y retorcida.

Era mejor arriesgar el todo por el todo.

Así que frenó con brusquedad, velozmente puso la marcha atrás lanzando el coche contra el pesado camión que no dejaba de avanzar, para al mismo tiempo abrir la portezuela y lanzarse rodando sobre el suelo.

Tropezó con unos cubos de basura que se le vinieron encima, amortiguándose el ruido que produjeron con el tremendo encontronazo de los dos vehículos al chocar estrepitosamente. El chófer del camión debió de verse sorprendido, sin tiempo para frenar ni evitar que el pesado vehículo que conducía se precipitase contra el deportivo.

Aqué! fue un «accidente» espectacular, del que más tarde se ocuparía toda la prensa del país.

La gente empezó a arremolinarse y cuando acudieron los agentes de tráfico, intentaron formar un cordón para apartar a los curiosos. Jerry Glen ya se había levantado y acercándose a uno de los agentes se interesó:

—¿Qué ha pasado?

Aquel turco de uniforme le miró dubitativamente y procuró emplear su mejor inglés, para indagar a su vez:

—¿Extranjero, señor?

—Sí, agente; he oído un ruido terrible y...

—Ya lo ve. ¡Lo de todos los días! Circulen, por favor.

—¿Algún muerto, agente?

—Dos... Los que iban en el camión. —Y seguidamente se puso a preguntar en turco—: ¿Alguno de ustedes vio al que conducía el coche deportivo?

Otro de los agentes se acercó, indicando al compañero:

—Toma los datos del coche y en paz... ¡Ya aparecerá!

Jerry Glen se dijo que lo más prudente era esfumarse de allí. Había vuelto a salvarse de milagro y no quería más jaleos ni retrasos.

Aunque estaba seguro que lo intentarían otra vez.

Pero cuando salió de aquel callejón y dobló la esquina, con las manos hundidas en los bolsillos se dijo para sí:

«Bien; me gustaría saber en qué lugar estaré seguro en esta ciudad».

De momento, tenía que ir a la embajada norteamericana. No es que pensara contar nada de aquello, pero allí estaría Dorothy y olvidaría aquel mal trago bailando con ella.

Y de pronto, una mano se posó en su hombro...

* * *

La mano hundida en el bolsillo ya empuñaba la Magnum, dispuesto el índice a presionar el gatillo, cuando al girar velozmente el rostro detuvo su actitud agresiva.

Un bello rostro de mujer le estaba mirando, con unos grandes e intensos ojos negros que no llegaban a cubrir el lino y transparente velo que muchas turcas aún utilizaban. Y su voz le sonó a campanitas de plata cuando le indicó con un leve susurro:

—Venga, míster Glen; su vida aún corre peligro.

—¿Eh? ¿Quién..., quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre?

—No haga preguntas y sígame, por favor. ¡Debe alejarse de aquí o le matarán!

—¿Ah, sí? ¿Y quién me asegura que no me lleva usted al

degolladero, preciosa?

Al oír los recelos del hombre, la mujer bajó su velo y le mostró, totalmente su rostro indicándole:

—¿Conoce a las mujeres, míster Glen?

La pregunta le dejó desconcertado, no dándole tiempo a replicar al añadir:

—Míreme a los ojos... ¡Míreme bien! Y dígame si le parezco una asesina.

Aunque no se lo hubiera pedido, ante la belleza y perfección de aquel rostro, Jerry Glen la habría contemplado, y con sumo placer. Realmente era muy hermosa y, pese a la túnica que la cubría de la cabeza a los pies, se dijo que aquel rostro estaba en armonía con el cuerpo sugestivo que aquellos pliegues moldeaban.

—No, diablos... —Fue capaz de opinar al fin—. Más bien diría que es... Sí; es la belleza de una diosa, caray.

—Muy amable, míster Glen; pero no es prudente seguir hablando aquí.

—De acuerdo... No vuelva a cubrirse el rostro... ¡Y la seguiré hasta el infierno!

—Resulta usted muy emotivo, míster Glen —sonrió ella.

¡Dios santo! ¡Qué boca tenía aquella mujer!

Le sonreía, no sólo con sus labios carnosos rebosantes de rojo sensualismo, sino también con aquellas inmensas pupilas chispeantes y luminosas, que a fuerza de ser tan negras se le antojaban azuladas. Jerry vio el singular aleteo de sus largas y rizadas pestañas, creyendo captar en aquel fugaz parpadeo la sombra de una duda, el atisbo de una momentánea indecisión al desear concretar:

—¿Ya confía en mí, míster Glen?

—No... Soy receloso por naturaleza. Pero le he dicho que la seguiré hasta el mismo infierno... ¡O hasta la gloria!

—Por favor —volvieron a aletear sus pestañas—, olvide ahora que soy mujer.

—¡Imposible!

—Déjese de bromas —suplicó nuevamente, aunque con una cautivadora sonrisa—. Hay cosas más importantes que en las que está pensando.

—Además de diosa de la belleza, ¿es usted también bruja?

¿Cómo sabe lo que estoy pensando?

—Sus ojos le delatan, míster Glen.

Ya caminaban por la calle y él se dejaba guiar como un dócil e hipnotizado corderito, procurando apartarse a veces un poco de ella, para aprovechar y de soslayo poder contemplar, y ponderar, el rítmico balanceo de aquellas sugestivas caderas femeninas que, al andar, el fino manto que la cubría permitía adivinar.

—Vivo cerca —anunció ella.

—Como si me lleva al fin del mundo. ¡Es pura delicia seguirla!

Minutos después, en un lujoso apartamento que tenía mucho de oriental, la singular mujer se libró de la túnica y el velo y entonces sí que los ojos golosos de Jerry Glen quedaron deslumbrados.

La túnica turca había estado cubriendo una preciosa mujer de unos veintitrés años rutilantes, de cuerpo ondulante y apetitoso de una hembra hecha y derecha, que vestía a la europea. Un jersey azul claro de fina lana, que dejaba al descubierto su ombliguito tostado, gracioso y redondo, y que oprimía sus pechos erectos, generosos y pujantes por la energía vital de su juventud voluptuosa, huérfanos de sostén, ya que sin él también se mantenían tiesecitos y desafiantes como dos cordilleras, atisbados por el hombre al mirar el vértice del amplio escote en «v».

La faldita a cuadros blanquirrojos que completaba su indumentaria, descubría a la perfección sus rodillas —hecho poco frecuente en la mayoría de las mujeres— así como el trazo escultórico de sus piernas ágiles que ella movía de forma suave, instigante y se diría que hasta provocativamente.

Sus luminosas e intensas pupilas negras quedaron prendidas en el rostro del hombre al invitar:

—Póngase cómodo, míster Glen.

—¿Se refiere a que puedo desnudarme? —apuntó él a su vez, audaz y descarado.

—Por favor —musitó ella su ruego negativo.

Y al instante volvió a ofrecer:

—¿Whisky? A los americanos les gusta esa bebida.

—¡Cierto! Que sea doble, por favor.

—¿Doble, míster Glen?

—Sí; es para calmar mi asombro. ¿Quién es usted?

Mientras caminaba a un mueble-bar, ella empezó a informarle:

—Pertenezco al Servicio Secreto de la India.

—¡Vaya! Somos colegas.

—Y sé que está investigando sobre el

X-17

derribado en China.

—Siga... ¿Qué sabe más?

—Que desean matarle, para que no averigüe la verdad.

—¿Y usted conoce esa verdad, Mata Hari?

—Me llamo Indira.

—¡Vaya! —volvió a exclamar Jerry—. Como la jefe-de su Gobierno.

—Mis padres me pusieron ese nombre, por admiración a esa maravillosa mujer.

—Sí; yo también la admiro. Pero no ha contestado a mi pregunta.

—Se refería a si conocía la verdad, sobre ese

X-17.

¿No fue así?

—¿La conoce, Indira?

—A medias... Mañana mismo terminará de informarme uno de mis agentes, que consiguió averiguar el «juego» de los chinos.

—¡No me diga!

—Vendrá a verme aquí.

—Pues esperaré encantado. Su compañía es deliciosa, Indira.

—No se confunda, míster Glen. Le he traído aquí para hablar con usted con más seguridad.

Pero como en aquellos instantes se estaba inclinando hacia el hombre para ofrecerle el vaso de *whisky*, la singular mujer nada hizo para evitar que, a través del generoso escote de su jersey, sus incitantes senos pudieran ser contemplados, casi en su totalidad, por el absorto visitante.

Jerry Glen tragó saliva y casi suplicó, sin apartar la vista de lo que empezaba a alterarle:

—¿Es que va a echarme ahora, Indira?

Ella contestó con otra pregunta:

—¿No cree que sería lo más prudente, míster Glen?

—Sería lo más estúpido.

—¿Es que no tiene adónde ir?

—Lo tengo: pero no sin riesgo a que me localicen y me maten.

—¡Oh! Sería una lástima.

—Créame que lo sería; particularmente, yo lo sentiría mucho.

—Bueno, entonces... Puede quedarse a dormir por aquí.

—Gracias. Sólo una cosa, Indira. Me gustaría saber por qué me ayuda.

Sorbiendo el té que ella misma se había servido, nuevamente le sorprendió con otra pregunta:

—¿Busca siempre los motivos a todo, míster Glen?

—¡Siempre! Es lo más lógico y lo más normal. Y deje ya de llamarme «míster Glen».

Apuró el vaso y volvió a atacar:

—Puede llamarme Jerry... Es más íntimo, ¿no?

—Está bien, Jerry; pues tres son mis motivos para ayudarle.

—¡Adelante, preciosa!

—Primero, por ser colegas en el trabajo. Segundo, porque la India quiere saber si es cierto que ustedes, los norteamericanos, violan el espacio aéreo de otros países, por su propia seguridad.

—¿Y el tercer motivo?

—Porque me resultas simpático —tuteó ella.

—Gracias, pero... ¿así, a primera vista?

—Vi tu foto en esa Comisión Internacional Investigadora. ¿Conforme?

—¡Ya! Lo que se dice un «flechazo» a primera vista, ¿no?

—Lo creas o no, Jerry, así fue.

El hombre nada objetó aquella vez, para dejar intencionadamente que el silencio fuese prolongándose, aunque sus ojos no dejaban de «hablar», intentando bucear con las pupilas por entre aquel par de esculturales piernas. Hasta que al fin ordenó:

—Ven aquí, Indira.

Ella no se movió, aunque sus labios no dejaban de sonreír.

Jerry Glen se dijo lo del profeta Mahoma: si la montaña no iba a él, le tocaba ir a la montaña.

Se levantó y terminó sentándose junto a ella.

Un instante después, ya estaba saboreando uno de los más sabrosos e intensos besos de su vida.

No hacía mucho había estado al borde de la muerte.

Pero ahora se sentía en la misma Gloria...

CAPÍTULO VIII

Tendido en el lecho mientras ella se duchaba, Jerry miró una vez más en torno suyo. Todo allí era un pregón de lujo y buen gusto: desde el mobiliario, sencillo pero elegante, hasta las cortinas.

Se incorporó, justo en el instante que Indira salía del baño, húmeda, brillando en su fina piel cobriza millones de puntitos acuosos que le conferían una nueva dimensión sexual. Al verla avanzar hacia la cama envuelta en la gran toalla de baño, majestuosa y lúbrica la mirada, cimbreños sus pechos y ondulantes sus caderas de ánfora, el hombre temió que después del delicioso castigo amoroso de la noche no podría responder como aquella espléndida mujer lo merecía.

Pero así como a un fatigado púgil a veces le salva el gong de nuevos castigos de su oponente, a Jerry le salvó el ruido del timbre llamando a la puerta.

Indira terminó de cubrirse con una bata y, con aire extrañado comentó:

—No sé quién puede ser a estas horas.

—¿No dijiste que quedaste citada aquí con uno de tus agentes?

—Sí; pero mucho más tarde.

Mientras salía de la habitación prometió, con un gracioso mohín en los labios:

—Ahora mismo vuelvo, mi amor.

Jerry Glen encendió un cigarrillo, dispuesto a esperar a la diosa. Clavó la mirada en el techo y se puso a contemplar la primorosa filigrana del empapelado, hasta que el seco disparó de un arma, sin duda provista de silenciador, le alarmó.

Sobre todo al captar, casi al mismo tiempo, el grito de angustia de la mujer.

Tal como estaba, totalmente desnudo, Jerry saltó precipitadamente de la cama y se lanzó a la carrera por el pasillo.

Antes de llegar al *hall* vio el cuerpo de Indira tendido en el suelo, con la bata medio abierta y un rosetón rojo en el pecho, a la altura del corazón, que ya no latía cuando alocadamente se inclinó sobre la mujer.

—¡Dios! —exclamó tan irritado como confuso—. ¡La han matado!

La puerta había quedado medio abierta y corrió hacia allí, frenando al llegar al rellano. Estaba desnudo y, además, no vio a nadie por allí; sólo el ruido del ascensor que descendía.

Corrió hacia una de las ventanas y desde la sexta planta alcanzó a ver al individuo que salía del portal, para correr hacia un coche con el motor en marcha, y que arrancó veloz nada más que el asesino penetró en el vehículo.

¿Qué podía hacer?

Morderse los puños y volver a contemplar el cuerpo sin vida de aquella espléndida mujer, que durante horas de intensa felicidad sexual se le había entregado por completo.

Era una lástima.

¡Y una canallada!

Pero una cosa estaba clara: él no debía seguir allí. Sin duda, el juego del asesino sería llamar a la policía para cargarle aquella muerte.

Una forma como otra cualquiera de dejarle fuera de juego.

«No... ¡No lo conseguiré!», se prometió.

Se vistió precipitadamente y antes de salir de allí depositó el cuerpo de la mujer sobre el lecho. Jerry sintió un nudo en la garganta y nuevamente volvió a prometerse:

«Te vengaré, Indira... ¡Te vengaré y aclararé todo este embrollo!».

Ganaba la calle cuando sintió el ulular de una sirena: se trataba de un coche patrulla de la policía turca.

No se había equivocado.

* * *

Fue al solicitar la llave, cuando el recepcionista del hotel le

anunció:

—Un hombre le espera, míster Glen.

—¿Dónde, por favor?

El empleado del hotel extendió la vista hacia el fondo al indicar, siempre discreto:

—En el salón, míster Glen.

—¿Sabe de quién se trata?

—Por supuesto, señor; todo el mundo le conoce en Ankara.

Eso le tranquilizó en parte, pero deseó concretar:

—¿Quién es? Soy extranjero y...

—El Condestable Aaron Atatur, míster Glen.

—¿Quiere decir... de la policía?

—Más o menos, señor.

—Bien; dígame que ahora mismo bajo. Sólo cambiarme.

—Bien, señor.

No utilizó el ascensor, para no esperar y al llegar a la segunda planta llamó a la puerta vecina de su habitación. El rítmico caminar de Dorothy sonó sobre el pulimentado *parquet* y al abrirle no le sonrió como era su costumbre. La muchacha rubia mostró un mohín de disgusto en sus labios y su seco saludo fue:

—¡Ya era hora, don juerguista!

—Hola, Dorothy... ¿Puedo entrar?

—¡No! Voy a cambiarme.

—Tenemos que hablar, mujer.

—¿De qué? ¿De lo bien que debiste pasarlo anoche?

—Perdona, pero...

—¡Me diste plantón!

—No pude ir al baile de la embajada.

—Pudiste telefonar, ¿no?

—Ha pasado algo... horrible.

Ya estaba dentro de la habitación y ella caminaba hacia el armario, cuando comentó:

—Veo que estás vivo, bribón.

—Yo sí, pero a ella...

Al oír aquello Dorothy MacGalland dejó de examinar sus vestidos en el armario y girando veloz se interesó:

—¿Ella? ¿A quién te refieres?

—A Indira... Sólo sé que se llamaba así.

—¡Muy bonito! De manera que has pasado la noche con otra mujer. ¿No fue así, Jerry?

—Déjate de escenitas ahora, por favor. Se trataba de un agente secreto de la India. ¡La han asesinado en su propia casa!

—Si lo sabes, es porque tú estabas allí, ¿verdad?

—¡Sí! Estaba en su apartamento. ¿Y eso qué? Indira tenía que recibir unos informes de uno de sus agentes, que a su vez pensaba transmitirme a mí. ¡Eso fue todo!

—Lo... lo siento —dijo al fin Dorothy, al ver la actitud masculina.

—Me temo que también nosotros corremos peligro, Dorothy. Así que...

Tras breve vacilación terminó:

—Lo más prudente es que vuelvas a la embajada.

—Es lo que pensaba hacer, en vista de que no regresabas. ¡He pasado una noche terrible!

—Yo también —mintió él con aplomo.

—La señora Marshall me ha invitado el fin de semana; tienen una casa de campo cerca de Esmirna.

—¡Estupendo! Me sentiré más tranquilo sabiéndote más segura con ellos allí.

Pero Dorothy MacGalland argumentó:

—Escucha, Jerry; el señor Buss me envió contigo, para ayudarte en lo que pueda. No he venido para hacer turismo, ni pasar los fines de semana con los señores embajadores. ¿Lo entiendes bien?

—Lo único que entiendo es que nos quieren matar y que abajo hay un policía esperándome.

—¿A ti?

—Sí... Algo así como un condestable, lo llaman ellos.

—¿Y qué es lo que has hecho? ¿Por qué quiere hablar contigo ese turco?

—¿Y yo qué sé, mujer? No sé... Puede que a estas horas esté acusado de haber cometido un asesinato.

—¿Es que... has... has matado a alguien, Jerry?

—¡No, diablos! Pero habrán encontrado muerta a esa mujer en su apartamento y es posible que...

—Sigue, Jerry.

—Y está lo del «accidente», también...

—¿Qué accidente?

—Ayer, cuando iba a buscarte a la embajada, un camión quiso aplastar el deportivo que yo conducía. ¡Me salvé de milagro en un callejón!

—¡Oh, Dios mío! ¿Otra vez?

—Los dos tipos que llevaban el camión murieron en el choque. Pero la policía habrá investigado. Por la agencia donde alquilé el coche habrán averiguado que...

—Si fue así, no pueden acusarte de nada, Jerry.

—Será mejor que no baje a hablar con ese condestable... o lo que sea.

—¿Piensas huir, Jerry?

—Llámallo como quieras, mujer. Saldré por la parte trasera del hotel.

—¡Te buscará, Jerry!

—No, en nuestra base aérea.

—¿Piensas volver allí?

—Sí... El general Simpson me ofreció una escolta y me temo que la estamos necesitando. Le pediré que dos de sus oficiales, aunque vestidos de paisano, me sigan a todas partes.

Paseaba nervioso por la habitación, cuando agregó:

—Es la única manera de que pueda terminar mis investigaciones... Antes de que esos canallas me den «caza».

—Pero... ¿quiénes pueden ser, Jerry?

—¡Ni idea! Chinos, rusos, albaneses... De algún país del Este... ¡Qué sé yo, Dorothy!

Hizo nueva pausa, concluyendo:

—Hasta puede que se trate de alguno de los nuestros.

—¿Norteamericano, quieres decir?

—¿Por qué no? Una cosa es fija, Dorothy: un

X-17

sobrevoló territorio chino y lo han demostrado ante todo el mundo. Eso no se puede negar; yo mismo tuve en mis manos uno de los trozos de ese avión, y el pobre Markus hizo los debidos análisis.

—Sí, pero...

—Y ese condenado avión debió de despegar de alguna de nuestras bases. Siendo así, el que lo envió tiene mucho interés en que no se le descubra. ¡Y no se detiene ante nada! Ya lo estás

viendo.

—¿No me quieres a tu lado, Jerry?

¡Qué pregunta!

Ahora resultaba que Dorothy MacGalland le decía si él no la quería a su lado. La cosa no dejaba de tener su gracia; pero Jerry intentó justificar:

—No es eso, mujer. Pero me moveré con más libertad y estaré más tranquilo también, sabiendo que estás con la esposa del embajador.

—Eres un machista.

—Y tú una criatura deliciosa, para perderte, nenita.

En aquella ocasión, la muchacha no le reprendió por haberla llamado así. Se limitó a mirarle a los ojos, le tendió sus manos y quedamente recomendó:

—Cuídate mucho, Jerry. Ya sabes dónde estaré.

CAPÍTULO IX

El general Douglas Simpson no despegó los labios, hasta que Jerry Glen le puso al corriente de los últimos acontecimientos. Y cuando lo hizo fue para reclamar:

—¿Lo ve cómo necesita esa escolta que le ofrecí?

—¿No le crearé ningún problema, general?

—Ninguna; como usted ha dicho, será mejor que vistan de paisano. Mis hombres pueden andar libremente por Turquía, siempre y cuando no se metan en líos.

—Verá; ya sabe que tengo que ir a visitar otras de nuestras bases aéreas.

—Mis hombres le acompañarán: se convertirán en su sombra.

—Y en cuanto a lo de la pobre Indira... Quería ayudarnos. ¡Y la asesinaron! Uno de sus agentes debía llevarle la información que había conseguido.

—¿No sabe dónde localizar a ese agente, Glen?

—No... Y después de lo ocurrido, no creo que se acerque por esa casa.

—Sí, claro...

—Estamos como al principio. Sin una sola pista.

—Espere aquí, Glen; voy a elegir a dos de mis hombres.

—Perdone, general, pero... Deberán ser lo más discretos posible.

—No se preocupe por eso.

—Dígales que sólo deberán limitarse a seguirme por todas partes y vigilar, por si lo intentan otra vez.

—Lo intentarán. Glen. ¡Pero mis hombres sabrán responder!

Al ver que el joven se levantaba, el jefe de la base indagó:

—¿No los espera aquí? Se los presentaré.

—Sólo voy a despedir el taxi.

—¿Esta vez no alquiló un coche?

—No; ya le dije lo que pasó con el otro. Me temo que a estas horas la policía turca estará investigando. De acercarme a cualquier otra agencia de alquiler...

—Comprendo; es más seguro así.

—Por cierto, general Simpson. ¿Podrá prestarme algún vehículo de aquí?

—Délo por hecho, Glen.

Y antes de salir del despacho bromeó desde la puerta:

—Pero no deje de decir en el Departamento de Defensa que le dimos toda clase de facilidades, ¿eh?

—Descuide; mi jefe lo sabrá.

Jerry Glen también salió para caminar hacia el taxi que había utilizado, cuando al cruzar una de las pistas un joven oficial piloto le salió al encuentro. Claramente vio que caminaba hacia él y esperó hasta oírle decir:

—¿Puedo hablar con usted, señor Glen?

—Usted dirá, teniente.

—Sabemos que vino para investigar esta base.

—Cierto, teniente... Teniente...

—Foster..., William Foster, señor. Del Primer Escuadrón de vuelo.

—Pues usted dirá, Foster —volvió a incitar.

—Pero aquí... aquí no debo hablar.

—¿Por qué no?

—Aún estoy de servicio.

—De acuerdo, pero... ¿teme algo, Foster? ¿Qué intenta decirme?

—Cosas que pueden levantar chispas, señor Glen.

—¡Adelante, hombre!

—¿No quiere saber cómo diablos ha visto en China restos de un X-17,

sin que falte ninguno de esos aviones de nuestras bases?

—Así es, teniente.

—Pues yo creo saber la forma de cómo han llegado esos trozos del avión allí.

—¿Se... se refiere a China?

—Sí, señor, Glen.

—¿A qué espera entonces? —volvió a animarle, al volver la

cabeza hacia el barracón de los oficiales. El general Douglas Simpson regresaba seguido de dos de sus hombres y Jerry captó como algo de miedo en aquel oficial que, tras saludar le militarmente, empezó a alejarse con precipitación al sisearle:

—Se lo diré a la seis, en el monte Akun. ¡No falte, amigo!

—¡Eh! ¡Espere! Espere, teniente. ¡Eso es muy importante!

Pero o no le oía, o no quería detenerse.

¿Le había asustado la presencia de su jefe, el general Douglas Simpson? ¿Qué clase de información podía facilitarle aquel oficial?

Lo había dicho bien claro: «Pues yo creo saber la forma de cómo han llegado esos trozos del avión allí».

Naturalmente, debía referirse a China.

Viéndole desaparecer pista al fondo, el extrañado Jerry Glen se puso a pensar:

«A las seis en el monte Akun... Eso queda a unas seis millas más o menos de aquí. ¿Qué diablos tendrá que ver ese Foster con todo esto?».

Al pagar al taxista se interesó, utilizando el poco francés que sabía:

—¿No dijo que debía esperarle, *monsieur*?

—Ya no —puntualizó en el mismo idioma Jerry—. Me quedo aquí.

Le dio una buena propina y vio cómo arrancaba hacia la capital.

Cuando volvió a entrar en el despacho del general Simpson el jefe de la base presentó:

—Robert Lynn y Peter Banto, señor Glen. Los dos son sargentos de nuestra Policía Militar.

—Encantado, amigos.

—Los dos ahora mismo se vestirán de paisano y se pegarán a usted.

—No hará falta tanto —les puntualizó Jerry, directamente dirigiéndose a los dos mocetones—. Sólo se trata de vigilar por mi seguridad, pero a cierta distancia.

—Lo que usted diga, señor.

—Lo prefiero así, para una mayor maniobrabilidad por mi parte.

—¿Y no será más arriesgado, Glen?

—Es posible, general. Pero al mismo tiempo, al verme solo, es posible que lo intenten otra vez y, entonces, ellos...

—Resumiendo: prefiere servir como de cebo.

—Puede llamarlo así, general Simpson.

—Bien; ya lo han oído, sargentos. Vayan a cambiarse de uniformes.

Los dos casi saludaron a la vez, taconeando sus botas:

—A la orden, mi general.

—Siéntese usted, Glen; seguiremos charlando mientras espera.

—Gracias, general.

—Dígame, joven. ¿Le gusta su trabajo?

—Depende, señor.

—Yo, la verdad, lo encuentro intrigante. ¡Y peligroso, Glen!

—A veces sí, señor. Otras resulta divertido.

—¿Divertido, tener que matar... o que le maten a uno en la sombra?

—No siempre ocurre así, general. Hay misiones, en las que nos pegamos la gran vida.

—Por supuesto. Es lo único que les envidio. Suelen tener ustedes carta blanca para todo.

—No lo crea, señor. Tenemos que presentar nuestras cuentas.

—¡Ya! Ese viejo zorro de Frank W. Buss les controla.

—Es nuestro jefe, general.

—¿Sabe que yo le conocí durante la guerra de Corea?

—Me alegro, señor.

—¡Pues yo no, Glen! Me las hizo pasar moradas, cierta noche que me enviaron para que lanzase desde mi avión a dos agentes secretos en territorio enemigo.

—¿Lo consiguió?

—Sí... ¡Pero al regreso, casi me derriban a mí sus baterías antiaéreas!

—¡Gajes del «oficio», general!

—¡Qué narices! Mi misión era bombardear, no arrojar espías en campo enemigo.

—Dígame, general... ¿Qué hay en el monte Akun?

—Nada... Absolutamente nada. Es un monte que antiguamente fue algo así como una especie de santuario turco.

—¿Algún templo, quizá...?

—No, no... Sólo rocas y un bosque. Ya debe hacer siglos que nadie lo visita.

Jerry encendía un cigarrillo, cuando el viejo jefe de la base indagó:

—¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, general; simple curiosidad.

—Ustedes siempre tan misteriosos... ¡Y cautelosos!

—No lo crea; en este caso es que lo vi en una guía turística del país y me preguntaba si merecía la pena verlo.

—¡Qué tontería! Le repito que allí sólo encontrará un bosque y montones de rocas peladas. ¡Nada más!

Robert Lynn y Peter Banto volvieron a presentarse sin sus uniformes de sargentos y ambos parecían transformados. Aunque, desde luego, «olíán» a norteamericanos a mil millas de distancia.

Eso no lo podían remediar.

El vehículo destinado a Jerry Glen también estaba dispuesto. Se trataba de un *jeep* del Ejército del Aire y el general Simpson manifestó con cierto orgullo:

—Con él, ni en Ankara le pararán los agentes de la circulación. Nos tienen mucho respeto, ¿sabe?

—¡Ya! Por lo visto, ustedes también tienen algo así como «carta blanca», ¿verdad, general?

—Diga más bien que mantenemos buenas relaciones.

—Debe ser así, señor.

—Pues no crea; últimamente todo eso se está alterando. Con ese incidente del dichoso X-17...

¿Sabe que he tenido que prohibir que los periodistas se acerquen por aquí?

—¿Por qué?

—Todos quieren meter las narices. Algunos se empeñan en asegurar que ese caza reactor despegó de aquí... ¡De mi base!

—Niéguelo siempre y en paz. Pero procure tratar con cuidado a los periodistas. ¡Son gente que pueden meter mucho «ruido»!

—Y que lo diga, Glen... ¡Y que lo diga! Yo les enviaría a todos a la Luna.

—Hasta la vista, general Simpson. ¡Y gracias por todo!

Jerry Glen arrancó.

Ahora conducía más tranquilo, sabiendo que llevaba una discreta escolta.

CAPÍTULO X

—Pero ¿adónde nos lleva ese tipo?

La protesta venía del sargento Robert Lynn, que era el que conducía; ya empezaba a cansarse de dar vueltas y más vueltas siempre siguiendo al otro vehículo y lo volvió a manifestar al comentar:

—Estos niños bonitos de Washington hacen lo que les da la real gana.

—¿Estás seguro de que se trata de un agente secreto?

—¡Pues claro! ¿O es que estás ciego, Peter? ¿No viste cómo el general se ponía a su disposición?

—Ahora va directo hacia el monte Akun.

—Pues nosotros, con seguirle ya cumplimos.

—¿Qué diablos iría a buscar ahí?

—Le gustará la soledad.

Lo que le habría gustado a Jerry Glen era volver a hablar con el joven teniente William Foster. Le había citado en el monte Akun y ya sólo faltaban unos minutos para las seis.

El general Simpson tenía razón; por allí sólo había rocas peladas y un bosque al fondo, casi en la cima de aquella altura, totalmente solitaria y con lejanas estribaciones de la cadena de montañas hacia el norte.

Hacia allí, muchas millas al fondo, debía quedar la cordillera del Ararat, ya en territorio de la República de Satrakán, perteneciendo a Rusia, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Y gracias a su tratado con Turquía, Estados Unidos tenía una de las bases aéreas a pocos kilómetros de aquella frontera, en la que el mundo parecía dividirse en dos bloques.

Antes de ascender a la cima y acercarse al bosque, Jerry Glen

frenó el vehículo que conducía. O sus ojos le estaban engañando, o era cierto que estaba viendo la parte inferior de un hombre, sin duda colgado de una rama de uno de los árboles.

Al menos, las piernas de aquel hombre calzadas con botas militares que al instante identificó, se balanceaban ligeramente al compás del viento que agitaba las copas de los árboles.

Saltó del vehículo y los últimos metros hasta la cima los corrió velozmente, para comprobar lo que había temido desde el primer instante.

El joven teniente William Foster había sido colgado de aquella rama. Una gruesa cuerda le pasaba por el cuello y los brazos, atadas las muñecas a la espalda con otra cuerda menos gruesa, debían haber hecho que su última y desesperada defensa resultase inútil.

Otra salvajada más.

Pero ¿de quién?

—¡Malditos sean! —Se encontró mascullando Jerry Glen—. ¡Le han asesinado también!

Al pobre diablo le habían silenciado. Jerry estaba seguro de ello porque resultaba totalmente absurdo que le hubiese citado allí, para que presenciase aquel desagradable espectáculo.

Y además, nadie puede colgarse voluntariamente de una rama tan alta, con las muñecas fuertemente atadas a la espalda.

Y había otro detalle a tener en cuenta: los criminales ni tan siquiera habían intentado que pareciese un suicidio, para que el sacrificio de aquel hombre a la vez transmitiese un elocuente mensaje.

El de que seguirían matando.

¿Era aquello un nuevo aviso para él?

Al oír el ruido del motor del coche que le seguía Jerry volvió la cabeza y se puso a gritar a sus dos ocupantes:

—¡Eh! ¡Vengan aquí!

Minutos después los dos sargentos se santiguaban y al identificar el cadáver, Robert Lynn dijo:

—¡Dios santo! ¡Es el teniente William Foster, señor!

—Hay que llevarle a la base, muchachos.

—Sí, señor Glen... Ven aquí, Peter. Tienes que echarme una mano.

Pero Peter Banto no pareció oír a su compañero. Su diestra

empuñaba un pistolón de reglamento y con los ojos ansiosos buscaba, por entre los árboles, a algún posible enemigo.

Jerry Glen tuvo que indicarle:

—Tranquilo, Banto. No debe haber nadie por aquí, o ya nos habrían disparado.

—¿No quiere que antes echemos una ojeada?

—Háganlo si quieren, pero será inútil.

Lo fue.

Monte Akun estaba tan solitario como siempre.

Al cargar el cadáver el sargento Robert Lynn comentó:

—El general lo va a sentir mucho. Era uno de sus mejores pilotos, aunque en cierta ocasión tuvo que arrestarle.

—¿A William Foster?

—Sí, señor Glen... Y no hace mucho.

Jerry Glen pensó que aquel dato podría ser interesante. El general Douglas Simpson tenía que decirle por qué razón había tenido que arrestar al teniente William Foster.

* * *

El jefe de la base dejó de saborear un aromático habano y ante la pregunta recordó:

—¡Ah, sí! Tuve que arrestarle por vender chatarra a un comerciante de la ciudad.

Y como excusa añadió con aire comprensivo:

—Ya sabe, Glen... Estos chicos son jóvenes, y aunque tienen buena paga como pilotos, gastan mucho más. Vivamente interesado, Glen deseó concretar:

—Dígame, general; ¿quizá chatarra y piezas viejas de un X-17?

—Pues sí... En las pruebas de vuelo algunos se averían y, naturalmente, esas chatarras o piezas van al taller. Foster vendió algunas de ellas... ¡Trastos inútiles, por los que le dieron algún dinero!

—¡Muy interesante, general Simpson!

—¿Por qué dice que es «muy interesante», Glen?

—Siga, general.

—Bueno, pues aquí tiene el expediente y la fecha del arresto.

Vendió esa chatarra a un tal Sulbel Tarkun; tiene su taller en la calle Starkys, número veintisiete, en Ankara.

—Tendré que visitar a ese hombre.

—Es traperero turco, que vive en la capital. Nada pudimos hacerle; pero le digo que al teniente Foster le arresté por esos pequeños robos... ¡Aunque no le dimos mucha importancia!

—Pues tiene mucha, general Simpson. O mucho me equivoco... ¡O ahí está la clave!

—¿Qué clave?

Y al instante se puso a preguntar, más excitado:

—¿Cómo... cómo ha dicho? ¿Está sugiriendo que en eso... en eso... está... está...? ¡Dios santo! ¡Me estoy poniendo nervioso!

—Tranquilícese, general; su responsabilidad es mínima.

—Pero aquí, en mi base... ¡Maldita sea! Me hará decir que me alegro que a Foster le hayan colgado.

—Ni diga eso, general. Seguro que él tampoco le daba mucha importancia a lo que hacía.

—Así lo pensé yo. ¡Era chatarra vieja lo que vendía!

—Pero muy importante para otros... ¡Que han sabido aprovecharla para sus planes!

—Espere, Glen. ¿Dónde va? No se vaya ahora, por favor.

—Lo siento, general. Pero no hay tiempo que perder.

Al salir del despacho indicó a los dos sargentos:

—Síganme. ¡Vamos a hacer una visita!

Minutos después, mientras forzaba la velocidad de vuelta a Ankara, atento al volante Jerry Glen se dijo:

«Veré qué dice ese tipo que compró la chatarra vieja de los X-17

averiados. ¡Tendrá que hablar!».

* * *

El número veintisiete de la calle Starkys quedaba en uno de los extrarradios de la ciudad. Callejas estrechas, sucias y malolientes de la vieja Ankara donde, como suele decirse, «todo vicio y miseria» tiene su asiento.

El número veintisiete era una casucha de dos plantas, la inferior convertida en trapería y taller, donde al mismo tiempo se vendía de

todo: sobre todo bidones metálicos, tinajas, diversidad de cacharros y hasta depósitos para el transporte de agua, de esos que en muchas aldeas y pueblos aún se utilizan, en Turquía.

Jerry Glen bajó del vehículo en la esquina y esperó a que se acercase el que conducía el sargento Robert Lynn; señalando al taller donde pensaba entrar, les indicó:

—Vigilen por aquí; no quiero más «sorpresas».

—¿Va a entrar solo, señor Glen?

—Sí, tampoco quiero alarmar a ese Sulbel Tarkun.

Caminó hacia la chatarrería y nada más entrar le salió al encuentro un turco de unos cuarenta años, alto y fornido, con poblada barba negra, pero la cabeza totalmente afeitada: un viejo y raído fez color rojo con una borla colgando en la parte trasera, le prestaba ese típico aire de los nativos del país que profesan la religión musulmana.

Lo que más destacaba en aquel individuo eran sus ojos, intensamente negros y refulgentes, de mirar de raposa astuta y precavida. Se frotó las sarmentosas manos y saludó en su idioma:

—Es-selam alikum...

—Soy francés —mintió el americano—. ¿Entiende mi idioma?

—¡Oh, sí, *monsieur*! —Varió al instante—. ¿En qué puedo servirle?

—Deseo comprar algo.

—¿Algunas tinajas de metal? ¿Depósitos más grandes, tal vez? Ya ve que tengo de todo, *monsieur*.

—Dígame... ¿Recuerda al teniente William Foster?

La pregunta no alteró al individuo, pero sus vivaces ojillos se pusieron a rehuir la mirada del posible comprador. Bailoteaban inquietos de un objeto a otro y también intentó soslayar la pregunta formulando otra:

—¿No dijo que venía a comprar, *monsieur*?

—Digamos que porque es un «material» que me interesa.

—Verá, *monsieur*... Yo siempre fundo toda la chatarra que me venden. ¡Es mi negocio! Así puedo fabricar en mi taller nuevas piezas, como las que ve por aquí.

Quiso remachar su postura y añadió, sin dejar de frotarse las manazas:

—Al teniente Foster le pagué lo acordado. ¡Se lo juro por Alá!

—De acuerdo, pero... ¿qué piezas hizo con esa chatarra?

—No sé, *monsieur*...

Pero se puso a dar vueltas por allí, como si buscase algo en concreto ante tanto cacharro. Al fin se detuvo ante unos calderos metálicos y señaló:

—Sí, ahora recuerdo... ¡Estos calderos!

La petición del joven cliente sí que le alteró, cuando le escuchó pedir:

—Déme un soplete.

—¿Un... un soplete, *monsieur*?

—Eso he pedido.

—Pero... ¿para qué?

—Déme un soplete y luego se lo diré.

—Diga, *monsieur*... Yo... En mi taller...

—¡El soplete! —solicitó por tercera vez Jerry Glen, con energía y firmeza.

El sujeto al fin obedeció, entregándole el soplete autógeno que Jerry inmediatamente encendió, tomando también una mascarilla de plástico que también le ofrecía en silencio, para que se protegiese la vista.

Durante algunos minutos, Jerry Glen estuvo sometiendo al metal de uno de aquellos calderos a la voraz acción del fuego que partía del soplete autógeno. No le sorprendió los efectos e interiormente pensó:

«¡Viejo embustero! ¡Esto no se hizo con chatarra de los X-17!

¡Es simple “mantequilla”!».

Aquel metal se derretía fácilmente, y él sabía por el mismo Markus Dillon, que las especiales aleaciones de los X-17

eran capaces de soportar altas temperaturas.

Fingía que se aplicaba a su tarea, cuando de pronto se volvió velozmente.

El ladino Sulbel Tarkun, el dueño de aquel taller, se estaba lanzando sobre él esgrimiendo en su mano una curva cimitarra que había sacado de los pliegues de su ropa.

Y lo hacía con ímpetu asesino...

CAPÍTULO XI

Diestro en judo, karate y hasta en *jiu-jitsu*, a Jerry Glen le resultó relativamente fácil, aplicando una veloz llave de doble torsión al brazo del asesino, bien aferradas sus manos a aquella sarmentosa muñeca.

El turco terminó pasando sobre sus hombros como un rodillo, para salir despedido y caer sobre un montón de calderos y tinajas que derribó con gran estrépito.

—¡Te esperaba, viejo traidor! —le gritó al ver la mirada de odio de Sulbel Tarkun.

—¡Entrometido! ¿Qué buscas en mi tienda?

Se inclinó sobre él y, tras aferrarle por las ropas, le elevó al tiempo que con la otra mano volvía a empuñar el soplete, que no dejaba de soltar su chorro de fuego. El terror se pintó en el curtido rostro del turco y se puso a suplicar:

—¡No, no! ¡Eso no, por Alá! ¿Qué quiere de mí?

—Tendrás que desembuchar, o te fundiré esa cara de raposa con el soplete.

—¡No... no, por favor! ¡No lo haga!

—¡Habla!

—Le... le diré lo que hice con la chatarra que me iba trayendo el teniente Foster... ¡Se lo diré! ¡Lo juro!

—¿A qué esperas?

—Re... retire el soplete, por favor... ¡Me está abrasando la barba!

Era cierto, pero Jerry insistió:

—Empieza, o lo sentirás más cuando te llegue a la piel.

—¡Oh, Alá...! Usted está loco, *monsieur*... ¡Ay!

Casi desmayándose por el terror empezó a decir:

—Se... se la vendí al señor Tao

En-Lai...

Yo... yo...

—¿Quién es ese Tao

En-Lai?

—Un... un comerciante chino... A veces viene por aquí, me compra muchas cosas y yo... ¡Suélteme, por favor!

—Lo haré, cuando me digas dónde puedo encontrar a ese chino.

—Vive... vive en Hong Kong...

—¡Maldita sea! ¿Crees que voy a ir a buscarle tan lejos?

—No... no puedo decirle nada más, *monsieur*... ¡De verdad que no!

—¡No mientas! Si tienes relaciones comerciales con él, sabrás sus señas.

—Eso... eso sí, *monsieur*... Vive en la avenida George III, en el barrio nuevo de Hong Kong.

—Está bien. ¿Para qué le vendías esa chatarra de los X-17?

Y volviendo a acercar el soplete exigió:

—¡HABLA!

—Se... se lo diré... Pero yo... yo... ¡AUGH!

Confundiéndose con el alarido, desde el fondo había tronado el disparo que silenció para siempre a Sulbel Tarkun.

Casi todo a la vez, Jerry Glen percibió varias cosas. El ruido del disparo, el grito infrahumano y el peso de aquel individuo gravitando sobre su mano que le sujetaba por las ropas.

Aflojó los dedos dejando que se desplomase con a rapada cabeza destrozada, al tiempo que a la vez también se arrojaba sobre el suelo y buscaba el arma en la sobaquera.

Dos plomos más pasaron silbando sobre él, buscando su cuerpo en confuso montón con los calderos metálicos derribados. Se consideró perdido cuando, desde la puerta de entrada del taller, otra arma de fuego empezó a ladrar.

Se consideró perdido, atrapado entre dos fuegos.

No se atrevía a levantar la cabeza, por lo que no pudo ver que los otros disparos procedían de la pistola de reglamento del sargento Peter Banto, quien junto con su compañero habían corrido hacia allí nada más oír el primer disparo.

Y Peter Banto demostró tener una excelente puntería.

El individuo que había terminado con Sulbel Tarkun, tardíamente comprobó que era tan mortal como el hombre al que acababa de asesinar.

Acurrucado entre los calderos derribados, tras el silencio Jerry identificó la voz que se interesaba:

—¿Está bien, señor Glen?

Aunque con precaución, Jerry empezó a incorporarse y al fin exclamó con loca alegría:

—Llegó a tiempo, sargento. ¡No sabe cómo me alegra verle!

—Y yo a usted, Glen. ¡Se metió en una ratonera!

—¿Dónde está su compañero?

—Fuera, vigilando.

—Vámonos de aquí. Esta «ensalada» de disparos habrá llamado la atención de los vecinos.

Al alcanzar la calle volvió a incitar a su otro escolta:

—¡A los coches! La policía turca no tardará en llegar.

Ninguno de los tres hicieron caso a los vecinos que, saliendo a la calleja y abriendo ventanas, les miraban con interés, pero también con una cierta precaución.

Y a Jerry Glen le importaba un pepino que les tomasen por asaltantes.

Un instante después se alejaban a gran velocidad de allí.

Pero en la mente de Jerry Glen se había grabado esto:

«Tao

En-Lai...

En Hong Kong... Avenida George III, en el barrio nuevo...».

Perspectivas de otro largo viaje.

Aunque ya empezaba a estar harto.

* * *

El cablegrama de Frank W. Buss era de interpretación inequívoca. Se jefe se había limitado a contestarle:

«Cuando se empieza una cosa, se termina.

»Don Puñetas».

A Jerry Glen le hizo mucha gracia que su jefe se firmase así.

—Eso es que sabe que entre nosotros le llamamos «Don Puñetas».

—¡Claro que lo sabe! —confirmó Dorothy.

—¿Desde cuándo?

—¡Uf! Hace tiempo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque una tarde me lo dijo su secretaria.

—¿La miope?

—Sí, Molly... Le echó una bronca terrible y le advirtió que, si alguna vez nos oía a alguno llamarle «Don Puñetas»... ¡Nos cortarían las orejas!

—Es muy capaz; tiene un genio de mil diablos.

—Y muchas responsabilidades sobre sus hombros.

—Pues ahora me gustaría que se encontrase en mi lugar.

—Lo resolvería. Frank W. Buss no ha llegado adonde está haciendo tranquilamente calceta en su despacho.

—¡Lo sé! Ha sido uno de los mejores. Pero ahora...

—Ahora no nos queda más remedio que volar hasta Hong Kong.

—¡Eh, un momento, nenita! ¿Por qué hablas en plural?

—Soy tu «secretaria». ¿No lo recuerdas?

—Precisamente por eso: vas a quedarte aquí, porque te *ordeno* redactar un detallado informe, de todo lo que hemos hecho, visto y averiguado hasta ahora. ¿Queda bien claro? —¡No!

—¿Te sublevas?

—Quiero acompañarte.

—Te he dicho que es una orden.

—Sin tantos humos, «jefe».

—¿Me obligarás a...?

—¿Vas a pegarme?

—Pues confieso que tengo ganas de darte unos azotes... donde yo me sé.

—Te librarás muy bien de tocarme ahí.

—¿A que lo hago?

—¡Atrévete, bribón!

Jerry Glen se levantó y la muchacha rubia se puso en guardia, pero vio que él terminaba lanzándose a la piscina, ras la zambullida sacó la cabeza fuera del agua y se puso a ponderar:

—¿Pero es que no te encuentras bien aquí? Mira qué tranquilidad y lujo... ¡Nuestros embajadores viven como reyes!

—Me aburro —se quejó ella, desde el borde la piscina.

—Lo mismo te ocurriría en Hong Kong.

—¿Es que quieres los méritos para ti solo? Si llegas a localizar a ese Tao

En-Lai...

¡Quiero tomar parte!

—No temas, preciosa; le informaré a «Don Puñetas» que me ayudaste mucho.

Y un instante después la animaba jovialmente:

—Anda, Dorothy; ¡lánzate al agua!

Colocándose un lindo gorrito de goma tras el que ocultó su rubia cabellera, la mujer le complació.

Jerry Glen no dejó que saliese de su zambullida, nadando también bajo el agua para dar cumplimiento a su deseo.

Al salir los dos en busca de aire, él jaleó con aire triunfante:

—¡Lo conseguí! ¡Lo toqué!

—¡Fresco! ¡Aprovechado! —jadeó ella protestando.

—Son unas caderas fabulosas, nenita.

—Y tú eres un rufián.

El señor embajador se acercó a la piscina y se puso a anunciar:

—¡Eh, pareja! ¿Es que no sienten apetito?

—¡Mucho, Excelencia!

—Deje de llamarme así, Glen. Ahora no estamos en el despacho.

Los dos jóvenes nadaron en busca de la escalerilla y él suplicó:

—Perdóname, cariño... Es que... ¡No he podido resistir la tentación!

Dorothy MacGalland nada más protestó.

Lo dicho se dijo Jerry Glen; las mujeres tienen una forma angelical de «no darse cuenta» de las familiaridades que los hombres se toman con ellas...

* * *

El único incidente durante su vuelo hacia Hong Kong resultó tan chocante como curioso; en el avión viajaba una bella y elegante mujer acompañada por dos hombres, que le llamaron la atención.

No supo ciertamente por qué, pero aquellos tres rostros le resultaron familiares.

La mujer se parecía a Dorothy, aunque era morena y no rubia; aunque sus ojos eran verdes, y no azules; aunque vestía como nunca lo habría hecho la mujer de sus sueños.

Demasiado elegante y sofisticada aquella gran dama, que sin duda alguna pertenecía al gran mundo: a la alta sociedad.

Sus dos acompañantes, altos, recios, fornidos y ambos con anchos hombros, no menos elegantes y pulcramente vestidos, con grandes gafas de concha los dos, aunque aparentemente parecían los secretarios de la dama o altos ejecutivos, había en ellos «algo» que desentonaba: resultaban demasiado jóvenes, quizá.

Se fijó en los tres ya durante el vuelo, en el momento que tuvo que ir al fondo del pasillo, en busca del lavabo. Y fue tan honda la impresión que le causaron, que antes de volver a su asiento abordó a la joven azafata para interesarse, con la mejor de sus sonrisas:

—¿Quiénes son esos tres pasajeros, señorita?

—Lo siento, señor; pero esa información se la tendría que pedir al comandante del vuelo.

—Verá, preciosa... Es que soy periodista, de la revista *Newsweek*. Y siempre ando a la búsqueda de personajes interesantes y...

La azafata sonrió. Jerry Glen siempre había tenido suerte con las mujeres y la joven terminó admitiendo:

—Ella creo que es una actriz del cine español. Tendría qué buscar su nombre en la lista de pasajeros y...

—¡Ah, ya! No se moleste, encanto.

—¿Verdad que es muy guapa y elegante?

—Sí... ¡Mucho! Por eso me llamó la atención.

Volvió a cruzar el pasillo y, ya en su asiento, se olvidó del incidente; posiblemente había visto el rostro de aquella mujer en alguna película española.

De cualquier manera, fue en la escala de Calcuta donde intencionadamente perdió el avión, sonriendo de su hábil estrategia cuando el gran reactor despegaba: en su «profesión», tenía que ser muy cauto y fijarse siempre en todos los detalles.

Media hora después se presentaba en la sección de billetes, alegando que se había entretenido en la cafetería, pero que tenía que seguir hacia Hong Kong.

—Lo siento, señor —informó el empleado, amablemente—. Pero ya no hay más vuelos de BOAC hasta mañana, en dirección a Hong Kong.

—¿Y de otra compañía?

—Dentro de una hora despegamos uno de la BEA; pero tendría que volver a pagar su pasaje, señor.

—No importa. ¿No sabe que soy multimillonario, amigo?

—Le felicito, señor.

—Déme ese billete; tengo que estar en Hong Kong hoy mismo.

—Aquí lo tiene, señor.

Cuando el reactor de la BEA despegó, nuevamente instalado en su asiento, cómodamente Jerry Glen respiró más tranquilo. La posibilidad de haber sido seguido desde Ankara quedaba descartada. Como hombre temperamental, siempre se guiaba por sus intuiciones y aquellos tres rostros vagamente conocidos, o que le habían resultado familiares, ya no le inquietarían más.

Ahora sólo tenía que hacer una cosa: añadir a su lista de gastos unos cuantos dólares más.

Claro que «Don Puñetas» refunfuñaría, pero las cosas se debían hacer bien.

¿No era lo que siempre recomendaba a sus agentes Frank W. Buss?

Miró al exterior y empezó a amodorrarse, ante la monotonía de aquel océano de nubes blancas, donde parecía mecerse sin moverse una sola pulgada el veloz reactor de la BEA.

Volaban a siete mil metros de altura...

CAPÍTULO XII

Fue en el aeropuerto de Hong Kong donde los volvió a ver.

Seguían los tres bien juntitos y Jerry Glen dio un respingo, al recoger en la cinta transportadora su maleta. Le dieron ganas de acercarse a ellos y preguntarle a la bella y elegante mujer:

«¿Se ha enamorado de mí y por eso me siguen, guapa?».

Desechó la idea; aquel par de individuos que la acompañaban resultaban demasiado jóvenes, altos y fuertes y podían tener malas pulgas.

A él no le interesaba ningún escándalo.

Su misión en Hong Kong debía ser intentar localizar a un tal Tao En-Lai y, de una u otra manera, hacerle «cantar» de plano.

Calculaba que, aparte de su anterior «biografía», aquel comerciante chino ya tenía varios asesinatos a su espalda: Markus Dillon, Indira y últimamente el turco Sulbel Tarkun, el de la chatarrería.

¿Y por qué no colgarle también la muerte de los dos tipos que intentaron eliminarlo, cuando volvía de inspeccionar la base aérea norteamericana de Pakistán? Y la de los otros dos que encontraron la muerte en el camión, en aquel callejón de Ankara. Y hasta la del teniente William Foster.

Sin olvidar al sujeto que tuvo que matar el sargento Peter Banto, en la chatarrería.

¡Caray! La lista era elevada: nueve muertes, nada menos.

«¡Mientras yo no haga el diez!», se dijo.

No se hospedó en el mismo hotel que la vez anterior, porque le interesaba que nadie supiera que había vuelto a Hong Kong. La experiencia de Jerry Glen le había enseñado que cualquier botones,

el más simple empleado de cualquier establecimiento, puede ser un punto de arranque para ser localizado por los enemigos.

A él sí que le resultó fácil localizar a Tao

En-Lai.

Se fue al barrio nuevo de Hong Kong, empezó a investigar en la avenida Gorge III y, mediante generosas propinas, pronto supo que el comerciante chino que buscaba era el propietario de una hermosa finca en lo alto de aquella colina, desde la que se podía contemplar a placer toda la abigarrada ciudad.

Contemplando la lujosa casa desde lejos, se planteó el dilema: cómo entrar allí, o conseguir que Tao

En-Lai

saliera de su vivienda.

Y aún había otro dilema: ahora estaba en la colonia británica y las autoridades inglesas nada querrían saber de los posibles delitos que Tao

En-Lai

hubiese cometido en otros países, tan lejanos de allí.

Y máxime, si se trataba de un rico e influyente comerciante chino.

Por otra parte, ¿de qué le podía acusar? ¿Qué pruebas podía presentar contra aquel hombre?

Jerry Glen se dijo que seguía con las manos vacías.

Lo mejor sería regresar al hotel y descansar.

Y reflexionar también.

* * *

Salió del hotel para echar una carta, cuando de pronto como un sexto sentido le hizo volver velozmente la cabeza.

Comprobó que no se había equivocado; aquel sujeto le seguía.

Lo supo con certeza, porque al instante reconoció a uno de los dos hombres que vio acompañando a la elegante y bonita mujer que le llamó la atención en el avión, y que posteriormente los volvió a ver en el aeropuerto de Hong Kong.

Aunque una cosa le desorientó, momentáneamente; ahora aquel tipo lucía un poblado y cuidado bigote de gendarme francés, casi cubriéndole todo el labio superior.

¿Si era el mismo, cómo era posible que en tan sólo veinticuatro horas le hubiese crecido aquel hermoso bigotazo?

¿Postizo?

Decidió salir de dudas y caminó directamente hacia él para objetarle malhumorado:

—No me gusta que me sigan, amigo.

El hombre del poblado bigotazo se encogió significativamente de hombros y se puso a decir, en alemán:

—Nein verstehen. Nein verstehen.

—¡Que no me siga, leñe!

—Ich deutsch. Deutsch.

—Usted es tan alemán como yo polinesio. Y si vuelve a seguirme le partiré las narices. ¿Me ha entendido ahora?

Nuevo encogimiento de hombros, y hasta puso cara de idiota.

Le dejó allí por imposible y siguió caminando en busca de un buzón para echar la carta.

En aquel sobre cerrado, con las señas del comerciante chino Tao En-Lai,

iba su única posibilidad de entrar en contacto con aquel hombre.

Recordaba perfectamente lo que le había escrito:

«Señor Tao

En-Lai:

sé que está implicado en el asunto del

X-17

norteamericano, derribado en China. Necesito hablar con usted. Aunque mejor sería decir “tratar” sobre este asunto, tan importante para los dos. Puede concertar la cita contestándome a lista de Correos a nombre de Sulbel Tarkun. Le adelantaré que soy hermano del teniente William Foster, y que tengo motivos más que suficientes para que, o le asesinen a usted, o que me selle la boca con DOSCIENTOS MIL DOLARES.

»Dólares norteamericanos, por supuesto.

»Tiene sólo veinticuatro horas para decidir».

Y como firma se había limitado a advertir:

«Le he localizado, señor Tao
En-Lai;
ya ve que no bromeo».

Pero la respuesta del comerciante chino le dejó desconcertado. Cuando fue a Correos y rasgó el sobre de fino pergamino, dentro encontró una nota que cínicamente le proponía:

«¡Váyase al diablo!

»Todos mis asuntos de negocios los resuelvo en mi propia casa. Venga si se atreve, quienquiera que sea».

La firma resultaba ilegible para Jerry Glen, porque estaba en caracteres chinos. Pero su intuición le dijo que la respuesta la había escrito el propio Tao

En-Lai.

Otra vez lo de Mahoma, caray: o iba él a la montaña, o la «montaña» no vendría a él.

En aquella disyuntiva Jerry recordó otra contestación, cuando le informó de todo a su jefe. «Don Puñetas» le había recomendado: «Cuando se empieza una cosa, se termina».

Bien; él, Jerry Glen, la terminaría.

* * *

Nada más parar el taxi frente a la entrada de la finca, dos enormes dogos se pusieron a ladrar furiosamente. No había duda de que el rico comerciante chino debía vivir dentro de la máxima seguridad.

¿Cuántos criados-guardaespaldas debía tener Tao
En-Lai?

Un ejército, seguro.

—Espéreme aquí —indicó Jerry Glen al taxista.

—Bien, señor, pero... ¿Va a tardar mucho?

—No sé, amigo... Pero es posible que una «eternidad».

El taxista sonrió la «broma».

Un criado chino fue acercándose a la verja enrejada con

filigranas de hierro y el visitante le anunció:

—Estoy citado con el señor Tao

En-Lai.

—Lo siento, señor; pero su Excelencia me parece que no esperaba a nadie.

—¿Su Excelencia...?

Le llamamos así, señor.

—Bien; dígame que estoy aquí.

—¿Quién, señor?

—Pues... Dígame que uno que no se ha ido al diablo.

—¿Sólo eso, señor?

—Entenderá.

Minutos después electrónicamente se abría la verja y, al fondo del cuidado jardín, otro criado chino se esforzaba en sujetar por las correas a los perros dogos, que nuevamente se pusieron a ladrar.

Con cierto recelo, Jerry Glen calculó que, de dos bocados, aquellos irritados «animalitos» se lo podían zampar.

El interior de la casa no desdecía del lujoso exterior. Allí se respiraba exquisito refinamiento y dinero.

¡Mucho dinero!

Aunque algo recargado todo, por estar adornado al estilo oriental. Como si todo un rico mandarín chino se complaciese en vivir allí, en épocas pretéritas, aunque sin desdeñar por eso todos los adelantos modernos.

El aire acondicionado lo demostraba.

Jerry Glen estaba contemplándolo todo, cuando una voz casi metálica y pronunciando pésimamente el inglés, sonó a sus espaldas al ponderar:

—Es usted un hombre de temple, míster Glen. ¡Pero me alegro que se haya atrevido a venir!

El joven visitante giró en redondo, pero no de forma brusca ni alarmada. Más bien lo hizo con mucha calma, para clavar al fin sus pupilas grises en el dueño de la casa, bajito y rechoncho embutido en una bata de seda china, aunque con penetrantes ojillos inquietos e inteligentes.

Y el saludo de Jerry fue exclamar:

—¡Vaya! ¿Al fin se decide a dar la cara, «amigo»?

—¡Yo no soy su «amigo», míster Glen! —se apresuró a rechazar

Tao

En-Lai.

—Podemos llegar a serlo, si hacemos un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Usted me da esos doscientos mil dólares que le pedí... y yo me olvido de todo.

—¿A cambio de qué?

—Ya se lo he dicho: de mi silencio.

—Puedo «silenciarle» para siempre, por mucho menos. ¡El precio de una bala!

—Pero no lo hará.

—Déme una buena razón para no hacerlo. Detrás de usted le están apuntando dos de mis hombres.

—Ya oí el roce de sus pasos. Y además, era de esperar.

—Pues arroje su arma.

—He venido desarmado, señor Tao

En-Lai...

¿O debo llamarle también «Excelencia»?

—Déjese de ironías, míster Glen. ¡Su arma al suelo!

—Diga a sus «perros» que lo comprueben. Me pueden registrar.

Lo hicieron, y con manos hábiles y diestras tanteándole todo el cuerpo, aunque entonces ni Mungo ni

Chu-Piao

le dejaron ver sus rostros.

Fue cuando entonces, con voz más tranquila, el dueño de la casa manifestó:

—Tuvo mucha suerte, míster Glen. Escapó varias veces de nuestras manos.

—Sí... Tengo siete vidas, como los gatos.

—Pero ahora será su final.

—No traje armas, Excelencia; pero fuera dejé un taxista y también cuento con amigos que se cuidarán de mí.

—No me haga reír; al taxista le hemos despedido, con una buena propina.

—Debí suponerlo.

—Y en cuanto a esos amigos que dice, le recuerdo que está usted muy lejos de su país. Hong Kong es una colonia británica y el Gobierno de Londres no querrá verse metido en complicaciones

diplomáticas, por ese maldito

X-17

norteamericano.

—Usted sabe muy bien que no fue ninguno de nuestros aviones, el que «violó» el espacio aéreo chino.

—Hay pruebas, míster Glen.

—¡Falsas!

—La Comisión Internacional Investigadora lo comprobó todo. Y su mismo técnico Markus Dillon.

—¡Usted lo asesinó! Como a la pobre Indira, al teniente Foster, a su amigo turco Sulbel Tarkun... ¡Y a tantos otros!

—Usted también mató, míster Glen.

—En defensa propia.

—Lo siento, yanqui... ¡Tuve que hacerlo! Soy un «humilde» comerciante chino, que no puede defraudar a sus compatriotas. ¿Lo entiende?

—¡No, no lo entiendo! Nada hay que justifique los crímenes.

—Le diré, míster Glen... La chatarra vieja de los

X-17

averiados en los vuelos de prueba y entrenamiento en la base aérea que tienen ustedes en Turquía, era vendida a Sulbel Tarkun por el teniente Foster.

—Y ese ladino turco se la vendía a su vez a usted.

—¿Por qué no? Puro negocio, míster Glen.

Y Tao

En-Lai

se puso calmosamente a pasear por la lujosa estancia al ampliar:

—Ya sabe que en Oriente tenemos mucha paciencia y, poco a poco, chapa a chapa y pieza a pieza, en China a través de mí, reconstruyeron un avión que parecía un auténtico

X-17.

—Al fin llegué a «adivinar» eso.

—A un piloto chino se le mandó volar con ese avión. Así pudo filmarse la película de cómo le derribaban.

—¡Muy astutos!

—Y los trozos que la Comisión Internacional Investigadora examinó, fueron auténticamente de uno de sus

X-17.

—¿Creen que conseguirán sus propósitos?

—Ya están conseguidos, míster Glen. La cosa fue muy simple. Primero, desacreditarles ante el mundo entero, en las Naciones Unidas. Las protestas siguen y nuestras exigencias también.

Hizo una breve pausa y continuó, visiblemente satisfecho:

—¡Y pediremos más! Ahora el Gobierno de Pekín solicitará que envíen a China a un tal

Liu-Taw,

que ustedes detuvieron en San Francisco acusado de actividades antiamericanas.

—Recuerdo el caso. ¡Ése sí que fue un espía!

—Por supuesto, sólo así se silenciará este escándalo de su invasión del espacio aéreo chino. Y hasta en las negociaciones los chinos prometen una cosa.

—¿Más exigencias?

—No... «devolverles» a cambio su piloto... ¡Cuando le encuentren!

—¡Cínico! Nunca hubo ese piloto americano. Usted mismo ha dicho que el avión era chino y pilotado por uno de los suyos, aunque construido con chapas y piezas de un

X-17.

—Pero eso sólo ha llegado a averiguarlo usted, míster Glen. El mundo cree nuestra versión y así obtendremos muchos... ¡A cambio de nada!

—Una sucia jugada.

—¿Y qué, míster Glen? ¿Acaso no las hacen ustedes también?

—No asesinamos a inocentes.

—¡Qué tontería! En esta sorda lucha, lo que importa son los fines, no los medios.

—Jamás el fin puede justificar los medios.

—Eso es pura filosofía, míster Glen; pero nada práctico.

Y tras una breve pausa, fue cuando Jerry Glen había oído en boca de aquel hombre aquello de:

—¿COMO QUIERE MORIR?

Los dos esbirros de Tao

En-Lai

le habían sentado a la fuerza en una silla, atado las manos atrás, y desenfundando el chino

Chu-Piao

su pistola y Mungo su cuchillo de resorte.

Y era cuando Jerry Glen había propuesto, para al menos ganar tiempo:

—Prefiero morir de risa... ¡De risa!

CAPÍTULO XIII

Todo eso es lo que había pasado y por eso ahora Jerry Glen se encontraba allí, en aquella lujosa casa de Hong Kong y totalmente a merced de aquel sádico de Tao

En-Lai.

Una vez más Mungo acercó la punta del cuchillo a los ojos del prisionero, ante quien se inclinó el comerciante chino prometiéndole:

—No tema, míster Glen. Tao

En-Lai

siempre cumple su palabra. Si lo prefiere así, le haré morir de risa.

—Dígale a esa mala bestia que aparte su cuchillo.

—Ya lo oíste, Mungo... Voy a contarle algo, que sí que le hará morir de risa.

—¿Acaso tiene algo más que vomitar, asesino?

—Algo muy divertido, míster Glen... El piloto que los chinos devolverán una vez su Gobierno nos haya enviado a

Liu-Taw...

¡Será usted!

—¿Yo?

—Mejor dicho, su cuerpo. ¿No le resulta divertido? ¿Por qué no se ríe, míster Glen?

—Es poco gracioso.

—Naturalmente, totalmente desfigurado. Mungo es un artista en eso del cuchillo. ¡No podrán reconocer ni sus huellas!

—¡No, espere! Prometió que me harían morir de risa.

—Pero ¿qué culpa tengo yo de que usted tenga tan poco sentido del humor, míster Glen? Palabra que lo he intentado.

Y al instante ordenó, con voz tajante y metálica:

—¡Adelante, Mungo! ¡Es todo tuyo!

Morir por morir, Jerry Glen se dijo que era mejor hacerlo luchando.

Por eso sus dos piernas se alzaron y, disparadas como por una catapulta, las punteras de sus zapatos conectaron en las ingles del sujeto que decididamente se disponía a utilizar su cuchillo.

Mungo recibió el impacto con rabia y dolor, arrojándose por instinto hacia atrás, incapaz de calcular que con su cuerpo derribaría a su amo.

Tao

En-Lai

también rodó por las pulimentadas losas de mármol, aunque el hombre sujeto a la silla no pudo evitar que el chino

Chu-Piao

disparase sobre él. La bala le penetró a Jerry en el hombro izquierdo a la altura del cuello, obligándole a lanzar un aullido de dolor.

Un instante después, vagamente comprendió que se desmayaba...

Todo estaba perdido.

* * *

Sentado sobre el lecho, Jerry Glen les miró divertido a los tres y empezó a identificar:

—Así es que usted es el tipo del bigotazo, el que se hizo pasar por alemán.

—Así es —confirmó el sargento Robert Lynn.

—Y yo el otro —adelantó Peter Banto—. Utilicé gafas de concha, también una peluca y algo de maquillaje.

—Y tú te cambiaste a morena con otra —dijo a la mujer el herido.

—Con lentillas verdes y vistiéndome muy elegante —amplió Dorothy MacGalland.

—¡Ya decía yo que había visto esas caras!

—Pero no nos reconociste del todo —objetó la muchacha rubia—. Lo temí cuando me miraste tan fijamente, pero...

—La azafata me dijo que era una actriz española.

—Teníamos que seguirte, Glen. ¡Para velar por ti!

—Y apuesto a que fue tuya la idea, Dorothy.

—¡Aciertas!

—El general Simpson también estuvo de acuerdo —aclaró Peter Banto.

—Compréndale, Glen. Nosotros teníamos tanto interés como usted en que se aclarasen las cosas —pretendió justificar el otro sargento—. Ahora, todo el mundo sabe la verdad. ¡No fue un auténtico X 17 americano el que voló sobre territorio chino!

—Gracias a vosotros, amigos... Si no llegáis a intervenir a tiempo... Me matan allí, y no precisamente de risa.

—Entramos nada más oír el disparo.

—Muy bien, nenita, pero... ¿Y los perros? Vi a dos dogos enormes que...

Dorothy MacGalland miró a sus dos acompañantes y por toda explicación Peter Banto lamentó:

—Fue una lástima. ¡Porque a mí me gustan mucho los animales!

—¿Y qué pasó con los criados?

—Alzaron mucho los brazos cuando les grité muy tonante: «¡Policía británica! Quedan todos detenidos». —Terció Robert Lynn.

—¿Sabes lo que les mostró? —puntualizó ella.

—Mi carnet de conducir.

—¿Y se lo tragarón?

—Estaban muertos de miedo.

—¿Qué es de Tao

En-Lai?

—Ha entrado en «razones» y se ha puesto a cantar mejor que Caruso. Es un tipo muy listo. Ahora culpa a los chinos; dice que le obligaron y que él, como comerciante, sólo les fue vendiendo la chatarra, que a su vez compraba al turco Sulbel Tarkun.

—¿Así de fácil?

—Bueno; ha debido calcular que para él era la solución mejor. Hasta insiste que le llevemos a los Estados Unidos. Teme alguna represalia de los que le encargaron el «trabajito» y al menos, en una prisión seguirá viviendo.

—Muy bien, chicos. Y tú también, nenita, pero... ¿Por qué no me habéis traído la prensa?

—¡Oh, no, no, Jerry! Tienes que reponerte y nada de emociones.

—¿Emociones? ¡Pero si eso si que me hará morir de satisfacción, mujer!

—¡Te equivocas! —corrigió ella—. Como es natural, no se cita tu nombre. Ni el mío, ni el de los sargentos...

—Me huele a que eso es cosa de «Don Puñetas».

—¡Naturalmente! Ya sabes que el jefe es un hombre muy prudente.

—Lo comprendo: no quiere «quemar» a los suyos.

—Y yo le apruebo; nuestra misión es trabajar en la sombra.

—Hablando de sombras, Dorothy. ¿Dónde estamos?

—En nuestro consulado de Hong Kong.

—Resumiendo, nenita: que puedo seguir durmiendo a pierna suelta.

—Puedes, Jerry.

Y Dorothy MacGalland resolvió alegremente:

—Vámonos, amigos. Necesita descansar.

Pero ella no pudo alejarse del lecho. La mano del herido la retenía firmemente por la muñeca, a la par de despedirse de los hombres:

—Nos veremos, Peter... Y a usted también, Robert... ¡Y gracias por todo!

—¡Suéltame! —protestó ella, ruborizándose.

—No, Dorothy... Ya no te soltaré nunca... ¡Nunca! ¿Lo entiendes?

Lo entendió, puesto que inclinándose hacia el hombre amado le besó.

Intensamente.

Con todas las ansias contenidas, desde que se había enamorado de él.

* * *

En aquellos instantes, a miles de millas de Hong Kong, en su despacho de Washington, Frank W. Buss le entregó un montón de papeles a su secretaria Molly y comentó:

—¡Bravo por Jerry!

—Ya le dije que era un tipo estupendo, señor Buss. —Lo es... Pero lo que sí es para partirse de risa es ese astuto truquito de los

chinos.

—Sí, señor Buss... Pero ellos se morirán de vergüenza en la próxima Asamblea de la ONU.

—Cierto, Molly... ¡FRACASARON!

FIN

Enrique Martínez Fariñas (¿? - f. 1985 en Barcelona, Cataluña) fue un escritor muy polifacético, cultivó prácticamente todos los géneros populares, novela rosa, novela del oeste, novela fantástica, novela histórica, novela gráfica e incluso biografías. A partir de los años setenta, frecuentó la novela erótica.

Trabajó para diversas editoriales y utilizó multitud de seudónimos, algunos en exclusiva y algunos compartidos. Más adelante se hizo cargo de la Editorial Ceres, filial de la Editorial Bruguera, especializada en lecturas para adultos. Más tarde se unió a la Editorial Fórum del Grupo Planeta, teniendo en plantilla a muchos antiguos autores de Bruguera.

Durante su trabajo en Bruguera, adaptó relatos clásicos para la colección «Historias». Con el dibujante Beaumont, creó tres series de cuadernos, entre las que destaca *El Príncipe de las Brumas* (1961).

Usó multitud de seudónimos, como Lucky Marty, E. M. Fariñas, Elliot Dooley, Henry

D'Oray,

Ivonne Bel, Jack King, Adam Nebles, Young Lassiter, Don Carter, Chantal Fleury, Helmuth Von Sohel, Enrico Farinacci, Al Barton, Ram Parrot, Raúl Artz, Richard War, Cliff Maxwell, Irving Smutty, Giovanni Casanova, Master Space, Ralph Benchmark, o Lew Spencer.